

Komplott: Red de infortunios (Versión final. 1º parte)

K.H Baker



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

Se había enfadado otra vez, y de nuevo, por algo que Audrey desconocía. Ella sospechaba que Bemett ya estaba de mal humor cuando llegó a casa y que había pagado con ella la frustración que arrastraba durante todo el día ya que, nada más traspasar el umbral de la puerta, dio un portazo ensordecedor que logró estremecerla a pesar de que ella se encontraba en el lado opuesto de la vivienda. Los gritos que aquel hombre profería dejaban clara su postura, estaba buscando a Audrey y no precisamente para dirigirle una muestra de afecto.

Cuando escuchó la puerta cerrarse con semejante furia acababa de salir de la ducha, sabía que lo que le esperaba no sería agradable, no era la primera vez que Bemett había tenido un mal día en el trabajo y lo había pagado con ella, así lo reflejaban los moratones que, de forma indecorosa, se extendían a lo largo de su cuerpo. Audrey siempre intentaba cumplir con todos los deseos de su novio para no volver a saborear el desagradable sabor metálico de la sangre en sus labios; pero aquel día en concreto sabía que no iba a poder evitar sus golpes.

Audrey sabía que el trabajo de Bemett podía ser demasiado estresante por lo que salió a su encuentro esperando que ese gesto calmara su estado iracundo; sin embargo, un pitido la detuvo justo cuando sus miradas se cruzaron en mitad del pasillo, entonces Audrey miró hacia su despacho temiéndose lo peor: no había apagado el ordenador. Bemett la apartó de un empujón y su espalda se encontró con la pared que, con un estrépito sordo, le hizo esbozar una mueca que oscilaba entre el dolor por la presión sobre sus moratones y el miedo que sentía hacia su propio novio. A menudo Audrey se preguntaba por qué no le dejaba, por qué no abandonaba aquella tortura para ser libre y feliz según sus propias normas; pero la respuesta siempre era la misma: sabía de lo que Bemett era capaz y el miedo que le tenía le impedía abandonar aquella cárcel en la que llevaba viviendo tanto tiempo.

El sonido hueco del plástico al impactar contra el suelo le dio a Audrey los detalles suficientes para adivinar algo que ya sospechaba desde que vio a Bemett entrando en la habitación que ella solía usar como despacho. El tenue repiqueteo de las pequeñas piezas del interior del ratón saltaron en todas las direcciones posibles, algunas incluso se deslizaron por el suelo hasta que el rodapié del pasillo las detuvo. Audrey reaccionó al ver como las piezas rebotaban en la pared del pasillo antes de caer al suelo; con miedo, se levantó del suelo y entró en la habitación justo cuando Bemett se disponía a desenchufar el teclado del ordenador.

—¡Estoy hasta los huevos de este trasto! —dijo Bemett con la voz grave, arrastrando alguna que otra sílaba, como si esperase así dar más miedo.

—Trabajo con él, no puedes tirarlo sin más —respondió ella al adivinar sus intenciones. No era la primera vez que vendía alguna de las cosas de Audrey; por poco dinero que sacara, era mejor que dejar que ella se entretuviese, sin embargo, era diferente con aquel ordenador. Audrey pasaba mucho tiempo delante de la pantalla estudiando y trabajando en sus propios proyectos y Bemett, por alguna extraña razón derivada directamente de sus propias paranoias, había llegado a odiar realmente aquel aparato.

Cuando Audrey todavía estaba estudiando la carrera de informática, se buscó un empleo como ayudante de un tatuador, no quería que sus padres asumiesen todo el pago de la universidad y pensó que lo correcto para ayudarles era hacerse cargo de las cuotas de sus propios estudios; al fin y al cabo, era ella la que estaba asistiendo a las clases.

Había dos cosas que Audrey amaba por encima de todo: una era la tecnología; fantaseaba con poder tener algún día un equipo informático que fuese más moderno y potente que el que ya tenía, para poder realizar búsquedas más rápidas en bases de datos ajenas. El otro amor de Audrey era el arte: amaba los cuadros; las pinturas; los dibujos de cualquier clase pero, por encima de todo, amaba la sensación de poder plasmar sus creativas ideas sobre un lienzo humano. Aquel fue el empujón necesario que le hizo falta para coger el empleo cuando vio un cartel colgado que precisaba de un ayudante sin experiencia obligatoria en la cristalera de un salón de tatuajes, el mismo por el que pasaba cada mañana al dirigirse hacia la universidad. Por aquel entonces, ella todavía no llevaba ni un solo tatuaje.

A medida que el tiempo avanzaba, el trabajo se convirtió en su pasión; pasó del trabajo ocasional a encerrarse durante horas en su despacho creando sus propios bocetos. El arte ocupaba la mayor parte de sus noches; a veces incluso decidía quedarse estudiando en casa en lugar de ir a la universidad al día siguiente a causa de la falta de sueño.

Con el tiempo, se compró su propio equipo de tatuadora: sus propias agujas, separadas perfectamente en su gran maletín; tintas de todos los colores posibles; cables y pedales; sin embargo, cuando se mudó a vivir con Bemett y él comenzó a ver en qué gastaba su tiempo y su dinero en lugar de dedicarlo a sus propias satisfacciones y caprichos, se le cruzaron los cables y comenzó a vender todo lo que encontraba, fuese de valor o no, por lo que tuvo que esconder alguna de sus cosas para que no sufriese el mismo destino.

«Esta vez no ocurrirá lo mismo», pensó Audrey mientras le miraba

fijamente con los labios apretados.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Bemett, mirándola con los ojos entrecerrados, entonces, ella suspiró y negó con la cabeza.

—No —respondió Audrey. Era mejor agachar la cabeza que discutir con él, porque sabía que después de las palabrotas, las humillaciones y la agresión verbal, Bemett acabaría golpeándola como culminación de su demostración de hombría y poder.

Audrey se agachó para, una a una, recoger las piezas del ratón que habían salido despedidas. Encontrar un ratón similar al que ella tenía no iba a ser ni difícil ni caro, aun así, sintió como si una parte de ella se quebrara por dentro; aquel ordenador no era un simple aparato más, sino que era el primero que había tenido y el cual su padre le regaló al cumplir los dieciséis años. Era la razón por la que la tecnología se volvió tan importante para ella.

Bemett tomó aquello como un desafío, pues su acto había sido un intento de que ella comenzase a prestarle más atención pero, al contrario de lo que intentaba, ella prefirió seguir brindándole sus cuidados a la máquina y eso le enfureció todavía más. Aprovechando que Audrey se encontraba de rodillas rescatando las piezas que, sin cuidado alguno, habían encontrado un fatídico destino, él la miró y le pisó la mano. Un quejido agudo resonó desde lo más profundo de la garganta de Audrey; sin embargo, intentó reprimirlo con todas sus fuerzas, pues sabía que no debía gritar si no quería que Bemett descargara toda su furia contra ella.

—¡Vamos! —exclamó Bemett antes de enredar su mano en el cabello azul, todavía húmedo, de Audrey y arrastrarla en dirección a la cocina. Ella movió sus piernas intentando encontrar un punto de apoyo mientras que, con sus manos, agarraba los dedos del hombre en un intento inútil de que la soltara.

La luz blanca de la cocina parpadeó varias veces antes de que su intensidad se quedara fija, consiguiendo nublar la vista de Audrey, quien intentaba controlar sus emociones para que no se le saltaran las lágrimas. Cuando sus pies consiguieron posarse sobre el suelo resbaladizo, Bemett la soltó con brusquedad contra los baldosines y su cabeza encontró consuelo al aterrizar sobre el frío gres blanco que, poco a poco, adquirió una ligera tonalidad carmesí a causa de la brecha que se abría paso en una de sus cejas. Una parte de ella deseaba levantarse del suelo, coger lo primero que encontrase y darle un golpe en la cabeza a Bemett; sin embargo, otra parte de ella, tal vez más profunda que la primera, se había acostumbrado a aquel estilo de vida.

La parte inferior del albornoz se abrió, dejando a la vista sus muslos teñidos parcialmente por marcas amoratadas, algunas más recientes que

otras. Bemett dejó escapar un grito cargado de rabia y golpeó la encimera de mármol con uno de sus puños.

—Llego cansado del trabajo y lo único que pido es tener la puta cena hecha pero, ¡¿qué es lo que me encuentro?! Con ese jodido ordenador encendido porque, al parecer, es mucho más importante que yo. ¿Verdad que sí? —dijo, aumentando su tono de voz con cada palabra. Audrey sabía que aquella pregunta era una trampa, por lo que se encogió de hombros mientras se incorporaba lentamente con la mirada clavada en el suelo—. ¡Responde! —añadió Bemett, dando otro golpe sobre la encimera.

—No... no es más importante que tú... —susurró Audrey con la voz quebrada y los labios temblorosos.

—¡¿Qué no es más importante?! ¡¿Qué estás diciendo?! ¡¿Qué me lo estoy inventando?! Si no es más importante dime, ¡¿por qué no está la puta cena hecha ya?! —Tras el grito de Bemett, un sonido sordo cargado de ira se abrió paso antes de que las manos de Audrey se apoyaran con firmeza en el suelo para que su cabeza no llegara a tocar los baldosines de nuevo. Un dolor punzante comenzó a palpar en su nuca y no le hizo falta preguntar para saber que Bemett había descargado sobre ella toda la fuerza de su puño.

Un sollozo le desgarró el pecho, las primeras lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas antes de estrellarse contra las baldosas del suelo, mezclándose con la sangre.

Tenía que ser rápida, no quería que él la viese llorando, así que, se las limpió con la manga del albornoz. Por un momento, Audrey se quedó con la mirada clavada en el suelo hasta que, al escuchar el ruido de los armarios cuando Bemett comenzó a rebuscar en ellos, levantó la vista. A pesar de no comprender lo que buscaba, no se atrevió a levantarse del suelo y mucho menos a preguntar.

Audrey había pensado muchas veces en dejarle, pero debía ser realista, no tenía a donde ir. Había cometido el error de distanciarse de su familia poco después de irse a vivir con Bemett, había cogido su parte de la herencia antes de tiempo por orden de su novio y dudaba que sus padres la quisieran de vuelta en casa después de haberles traicionado de aquel modo. Poco a poco, Audrey fue perdiéndolo todo: sus amigos, incluyendo su mejor amiga Ridley, a quién prometió que nada ni nadie las separaría; su familia; sus cosas; incluso estaba comenzando a perderse a sí misma. Cada vez estaba más cerca de la conclusión de que aquel estilo de vida tampoco estaba tan mal, sus pensamientos se habían vuelto masoquistas e imprecisos, imponiendo el bienestar de Bemett al suyo propio.

Al hecho de no poder volver a casa de sus padres debía sumarle que Bemett no iba a permitir que se fuese. Llevaban mucho tiempo juntos,

habían sido muchos los negocios ilegales que Audrey había presenciado y muchos más los que había realizado para él. Bemett sabía que, si obligaba a Audrey a participar en sus negocios, ella sería tan culpable como él y delatarle jamás sería una opción.

Cuando al fin encontró lo que estaba buscando, Bemett cogió la sartén más grande que encontró y la tiró de malas maneras contra las rodillas de Audrey. El metal resonó cuando golpeó sus huesos para después caer con un estrépito en el suelo. Ella se mordió los labios para no gritar y se pasó las manos por la marca enrojecida que, poco a poco, iría cambiando de color hasta adoptar un morado intenso.

—Haz algo decente antes de que salga de la ducha —le ordenó Bemett—. ¿Has comprado cervezas?

Audrey había salido del trabajo cuando las tiendas comenzaban a cerrar y los dependientes le negaban el acceso para así poder cuadrar la caja cuanto antes y volver a su casa; sin embargo, ella asintió a la pregunta de Bemett y rezó para sus adentros. Si no quedaba ninguna cerveza en la nevera, tendría que prepararse en cuerpo y alma para soportar más golpes.

Cuando Bemett salió de la cocina, ella se acercó gateando a la nevera, intentando no apoyar demasiado la rodilla izquierda, que ya había comenzado a hincharse, dejando escapar un suspiro de alivio al ver que todavía quedaban tres cervezas. En cierto modo era un alivio porque Bemett no solía beber más de dos cervezas con la cena; así pues, después de llenarse el estómago, se sentaba en su sillón y echaba mano a una botella de Devil's Springs, de la que nunca conseguía beber más de un chupito antes de quedarse dormido.

□□□

La hora de la cena se echó encima, Audrey estaba terminando de poner la mesa cuando Bemett abrió de nuevo la puerta del baño, dejando escapar el vaho que, poco a poco, se extendió por el pasillo hasta desaparecer por completo. Los pasos de Bemett la tensaron mientras ponía los cubiertos sobre la mesa y su presencia consiguió estremecerla cuando sintió la palma de su mano impactando contra su trasero.

—Huele muy bien —dijo Bemett antes de rodearle la cintura con un brazo y besarla. Audrey, como siempre, soportó su aliento a tabaco con una sonrisa, intentando que él no notara como le temblaban los labios.

Cuando Bemett se sentó frente a la mesa, ella volvió a la cocina disimulando la cojera que le acompañaría durante los próximos días. El ruido del ventilador del ordenador se escuchaba de fondo pero, muy a su

pesar, sabía que con Bemett allí no podría tener tiempo para sí misma.

Hacía alrededor de medio año que Audrey había recibido la llamada del abogado de la familia informándola de que su padre había enfermado rápida y drásticamente. Los médicos decían que Ethan padecía insuficiencia cardíaca; pero Audrey estaba convencida de que la enfermedad de su padre derivaba del estrés, así como del aumento del tabaco y del alcohol. Ethan no había podido soportar el duro golpe que suponía que su hija se largara con un maltratador y se llevase con ella parte de la herencia que, estaba totalmente seguro, no iba a ser para ella. Como consecuencia de la enfermedad de su padre, Audrey había aceptado el trabajo de contable en el banco que su padre dirigía desde que ella tenía memoria, los abogados insistían en que debía ocupar el gran sillón de piel de su padre y hacerse cargo del River Bank, pero ella no quería la presión de aquel puesto.

Cuando Audrey regresó al salón con los platos de la cena en ambas manos, Bemett ya tenía el tenedor en la mano y, rápidamente, dirigió la mirada hacia el manjar que ella transportaba.

Tras rebuscar por los armarios y ver que no había demasiado donde elegir, Audrey había decidido preparar algo sencillo para cenar, un poco de pasta con unos huevos era suficiente para que Bemett saciase su apetito, y aunque cocinar no era su pasión, no le quedaba otra opción.

El aroma que desprendía la comida era delicioso y, a pesar de que Audrey tenía un nudo en el estómago que le impedía probar bocado, se sentó en la silla que quedaba libre después de poner los platos sobre la mesa. No podía negarse a cenar porque a Bemett nunca le había gustado comer solo por lo que, intentando controlar las ganas de vomitar que sentía en esos momentos, Audrey comenzó a comer, moviendo de vez en cuando la comida de un lado a otro del plato.

—¿Está bueno? —se atrevió a preguntarle casi en un susurro afónico.

—No está mal, pero he probado platos mejores —Bemett la despreció como de costumbre—. Deberías pedirle consejo a Layla, la cocinera del bar de la esquina.

No era la primera vez que Audrey escuchaba hablar de Layla y estaba segura de que, si no fuera porque aquella mujer rondaba los cincuenta, Bemett ya se habría acostado con ella. Si había algo que le caracterizara, aparte de su mal humor, era su obsesión por las mujeres jóvenes.

—Lo tendré en cuenta, lo siento —se excusó ella encogiéndose de hombros.

—No lo harás, no mientas otra vez —respondió él, dejando el cubierto de mala manera encima del plato, antes de abrir la segunda lata de cerveza que reposaba sobre la mesa—. Recoge todo esto, yo te espero en la cama. No tardes.

Audrey sabía exactamente qué era lo que significaban aquellas palabras: después de los insultos; los golpes y el alcohol; a Bemett siempre le apetecía un poco de calor humano. Ella pensaba que todo aquello le ponía cachondo y, en cierto modo, no se equivocaba; a Bemett le satisfacía ver como ella acataba todas sus normas.

Mientras recogía la mesa, Audrey comenzó a pensar en todas aquellas veces que había acabado sangrando después de acostarse con Bemett. Tras las primeras siete veces, Audrey había encontrado una forma de no acabar de aquella forma: su órgano más fuerte era el cerebro; sabía que tenía la capacidad suficiente como para poder soportar las embestidas de Bemett sin que su cuerpo acabara entumecido y sangrando pero, simplemente, en aquellos momentos no sentía la fuerza necesaria para trasladar su subconsciente a aquella pequeña pradera de paz y soledad que lograba que sus músculos se relajasen.

Audrey se detuvo a fregar los platos, quería retrasar el momento de ir a la habitación todo lo que pudiese. Cuanto más lo pensaba menos lo entendía, le tenía miedo y eso era un hecho; pero lo peor no eran los golpes ni las humillaciones, ni siquiera meterse en problemas por culpa de los negocios de Bemett, lo peor era que por mucho que se repitiese que debía apartarse de él, no podía hacerlo.

Para su consuelo, cuando Audrey acabó de limpiarlo todo, Bemett ya estaba dormido, desnudo y roncando con la boca abierta. Ella suspiró aliviada y salió de la habitación sin hacer ruido. Al principio, había pensado usar sus horas de tranquilidad para sumergirse de lleno en la pantalla del ordenador y así poder seguir estudiando hasta que los párpados le pesaran; pero que Bemett le hubiera roto el ratón había cambiado drásticamente sus planes de aquella noche. Muy a su pesar, se bebería un par de chupitos de vodka mientras observaba las estrellas desde la ventana del salón, volvería a la habitación y daría vueltas en la cama hasta quedarse dormida.

No había sido una de las mejores noches; pero la semana tan solo acababa de comenzar y ella sabía que cuando las cosas iban mal, siempre podían ir a peor...

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

—Más vale que valga la pena lo que tienes que decirme porque acabas de despertarme y no hay cosa que me toque más los huevos que eso —dijo Bemett, carraspeando para desprenderse de la sensación pastosa de la boca.

Los rayos de sol comenzaban a despuntar el alba cuando Audrey escuchó a Bemett maldecir como acostumbraba, ella había decidido levantarse pronto para hacer el desayuno como cada día y que así Bemett comenzase con buen pie; sin embargo, parecía que alguien había estropeado sus intentos por tener una mañana tranquila y había enturbiado el carácter de Bemett. Cuando salió de la habitación, Audrey pudo escuchar cómo sus pasos avanzaban por el pasillo, como si de pesados plomos se tratasen y, con una amplia sonrisa esbozada en su rostro, cogió una taza de café y se giró hacia la puerta de la cocina dispuesta a recibirle.

—¿Dónde vas así de guapa? —preguntó mientras señalaba su atuendo, quitándole después la taza de las manos.

—A ningún sitio, solo quería estar guapa para ti —respondió ella, dándole después la espalda para centrarse en su propio desayuno—. Te he escuchado alzar la voz, ¿va todo bien?

—¿Has estado espiándome? —dijo Bemett, alzando una de sus cejas mientras se sentaba en una de las sillas de la cocina, tratando de atraer su atención.

—No —susurró ella con un hilo de voz, arrepintiéndose de lo que acababa de preguntarle—, yo solo...

—Ha vuelto el Alemán, ¿lo sabías?

Audrey negó con la cabeza y se sentó frente a él con su propia taza entre las manos.

—No entiendo cómo se ha atrevido a volver a dar señales de vida después de...

—Vas a tener que invitarle a una copa y usar tus... armas de mujer —Bemett la interrumpió nuevamente sin gentileza. Seguidamente, le dio un sorbo a la taza de café y la miró fijamente a los ojos—. Al final va a servir para algo el vestido ese de fulana que te has puesto. Acábate el café y ponte manos a la obra, Brian te estará esperando para darte las

instrucciones.

La última vez que Audrey había visto al hombre al que apodaban como Alemán, este se alejaba a toda prisa en un vehículo que le llevaría al aeropuerto más cercano donde le estaría esperando un jet privado que le sacaría del país. Bemett había confiado en él lo suficiente como para establecer una coalición y repartir el terreno donde sus hombres se desplegaban, pero el Alemán traicionó la confianza de Bemett y no solo invadió su terreno para hacerse respetar, sino que mató a los hombres de Bemett que custodiaban el almacén donde guardaba la droga, haciéndose con todo el cargamento. Tras el golpe, se marchó y, aunque Bemett había intentado dar con él, encontrarle fue totalmente imposible: el Alemán había desaparecido del mapa.

—¿Crees que seguirá fiándose de mí como antes? —preguntó Audrey sin levantar la mirada de su taza.

—Eso espero, de lo contrario tendrás que hacer que confíe en ti.

Bemett separó la silla de la mesa y se dio un par de golpecitos en la rodilla, de la misma forma que se llamaría la atención de un perro. Sin ninguna otra opción disponible, Audrey se levantó de su silla, avanzó hacia él y se sentó en su regazo mientras se frotaba las manos, como si la calidez externa fuese su única fuente de calor.

—Confío en que lo harás bien... —dijo Bemett, cogiéndola del mentón con una mano para robarle un beso, antes de añadir—: más vale que lo hagas.

Hacía tiempo que no trabajaba de aquel modo, la última vez que tuvo que persuadir a un hombre para que Bemett obtuviese lo que quería, la cosa no había acabado demasiado bien y Audrey exigió que dejase de contar con ella para ese tipo de cosas. La respuesta de Bemett se tradujo en golpes que marcaron la piel de Audrey durante semanas por haberle hablado de aquella manera pero, al menos, no tuvo que volver a hacerlo. Era una de las pocas veces en las que ella pensaba que habían merecido la pena los golpes.

□□□

Cuando Audrey dejó atrás el edificio, se obligó a mantener la mirada al frente y la barbilla bien alta, sabía que Bemett la estaría observando por la ventana para saber si el rumbo que había tomado era el que él le había dicho; incluso intentar atajar por otro lado sería una falta de respeto hacia Bemett, como si le estuviese gritando a los cuatro vientos que ella era más inteligente. Desde el incidente con el Alemán, Bemett se había vuelto más autoritario y menos tolerante con las decisiones que Audrey tomaba. Con las manos en los bolsillos, Audrey caminó sin mirar atrás, la

gabardina ocultaba sus curvas enfundadas en un hermoso y ceñido vestido color burdeos que le recordaba una época donde se sentía una mujer completa.

Al torcer la esquina esbozó una pequeña sonrisa provocada por su propia apariencia, ya que haberse vestido de aquel modo tenía como intención suavizar la forma de ser de Bemett y no complacerse a sí misma. No era la primera vez que él se había quedado embobado mirando a cualquier mujer bonita que se encontraran por el camino. Audrey también quería llamar su atención de aquella manera, que viese en ella algo más que una empleada del hogar o una cocinera -algo en lo que se había convertido y que no le gustaba en absoluto-. Quería volver a ser útil para él, ya que Bemett se desharía de ella de la peor forma posible y sin pestañear si llegase a encontrar alguien mejor para ocupar su puesto.

□□□

Un coche la esperaba frente a una cafetería, Audrey le hizo una señal prácticamente imperceptible al conductor, que le respondió bajándose un poco las gafas de sol antes de subir la ventanilla. Brian era un tipo rudo, un hombre de la vieja escuela retirado del cuerpo de policía cuando las acusaciones sobre su corrupción comenzaron a ganar peso en comisaría. Bemett le había reclutado para su equipo de camellos cuando ambos coincidieron en un bar y Brian manifestó, bajo el efecto del alcohol, que deseaba que los que hasta el momento habían sido sus compañeros, pagasen por haberle dejado tirado frente al comisario. A pesar de su ruda forma de ser y de su oscuro pasado, Audrey y él no se llevaban mal; a decir verdad, parte de los hombres que estaban bajo el mando de Bemett apreciaban a Audrey, pero era mejor agachar la mirada que enfrentarse a Bemett y arriesgarse a acabar con una bala entre las cejas.

Con una sonrisa amable que salía a relucir cada vez que ponía los pies fuera del apartamento, Audrey se desabrochó el cinturón de la gabardina y posó las manos sobre la cintura mientras observaba el gran tablero que había detrás del mostrador, donde se especificaba todo lo que se podía pedir. Las opciones eran muy variadas y exóticas, pero si había algo de aquella cafetería que volviese loca a Audrey, eso era el tahini de chocolate caliente.

De forma distraída, guio sus pasos hacia la mesa más cercana que estuviese situada justo al lado del ventanal, la casualidad era la forma más acertada e inocente de acercarse a alguien y cuando se trataba de hombres era todo mucho más simple. ¿Estaba segura de lo que estaba haciendo? ¿Volvería a fracasar como la última vez? ¿Tendría que volver a soportar los golpes por un trabajo mal hecho? Audrey suspiró, dio un sorbo a su bebida caliente, se relamió y se pasó las manos por el cuello, enfriando su piel a causa del helor de sus manos. Necesitaba mantener la mente fría, recuperar aunque tan solo fuese el control de aquella parte de

su vida. Era buena actriz, era algo a lo que nadie podía oponerse y no cabía duda de que a ella tampoco le disgustaba la idea de tener un abanico de identidades diferentes donde cada personaje adoptaba una personalidad nueva; era como si cada día fuese una persona distinta, como si su fragilidad dejase de existir mientras interpretaba dichos papeles pero, en el fondo, no había nada que desease más que ser ella misma sin máscaras, sin mentiras: quería ser solo Audrey.

Las noticias se escuchaban de fondo, la pantalla plana colgada en una de las paredes del local retransmitía una noticia sobre un empresario alemán que había conseguido cerrar un trato con una empresa londinense. Se podía ver como el empresario, un hombre vestido con un traje gris claro y una sonrisa presuntuosa, saludaba a las cámaras antes de quitarse las gafas de sol y entrar en un gran edificio cuyas letras coronaban la entrada, formando la palabra Felicity. Audrey negó con la cabeza y se apartó un mechón de pelo de la cara, que se le había soltado del recogido mientras miraba la televisión. Sus pensamientos comenzaron a entremezclarse en su cabeza, pasaban de sus propias emociones a criticar el estilo de vida de aquellas personas que habían llegado a lo más alto sin hacer prácticamente nada; ellos podían saludar a las cámaras, comer lo que se les antojase, salir de casa cuando les viniese en gana y no dar explicaciones de nada de lo que pasaba en su vida porque ellos sujetaban las riendas de todo el universo que les rodeaba. Por el contrario, ella tenía que cumplir órdenes, comer lo que Bemett le dijese para <<no perder la figura>>; había estudiado y trabajado tan duro solo para acabar siendo la sombra de un hombre al que se esforzaba por querer día a día, para que su ira no actuase en su contra y acabase con ella para siempre.

Su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo interior de la gabardina interrumpiendo todas aquellas frases desalentadoras que pululaban sin control por su mente y, al desbloquearlo y leer el mensaje, esbozó una pequeña sonrisa que intentó esconder antes de llevar la mirada a la gran cristalera.

<<Por ahí llega, puedes hacerlo. Solo respira hondo, como en los viejos tiempos>>.

—Allá vamos —se susurró a sí misma cogiendo la taza para darle otro trago más antes de levantarse con urgencia y salir del local como si dentro se hubiese desatado una infección.

Al abrir la puerta, se dio de bruces con el hombre que, al verla, abrió los ojos sorprendido y se disculpó por su torpeza. El tiempo parecía no haber pasado para el hombre, seguía tan apuesto y carismático como siempre, vistiendo sus trajes adorados peculiarmente con un jersey de cuello vuelto bajo la americana y con las mismas gafas de sol que ella recordaba, las cuales le hacían parecer más interesante de lo que seguramente era en

realidad.

—Ruby, ¿eres tú? —preguntó desconcertado y con una media sonrisa que le iluminó el rostro. Audrey frunció el ceño y se encogió de hombros, sus rizos rubios cayeron en cascada sobre su rostro al chocar contra el hombre y, mientras le miraba de arriba abajo, los apartó con cuidado. El Alemán se bajó las gafas de sol y la miró con aquellos ojos profundamente azules en los que destacaban hilos verdes que parecían querer fundirse con el fondo—. ¿Me recuerdas?

—¿Alemán?

—Prefiero que me llames Ernest, el Alemán quedó en el pasado.

Audrey asintió y, cuando él comenzó a caminar, ella siguió sus pasos.

—¿Qué haces aquí? Tengo entendido que Bemett no ha dejado de buscarte.

—¿Todavía sigues con él? Deberías darle la patada y venirte conmigo, te trataría mejor que él.

—¿Y encabezar su lista de venganzas? Gracias, pero no —dijo Audrey, riendo de forma virginal, provocando que Ernest le pasase un brazo por encima de los hombros.

—No sé cómo todavía puedes aguantarle...

—El amor mueve montañas, ¿no te lo habían dicho nunca?

—Ese es un barco que zarpó hace años de mi muelle —admitió él, haciendo un gesto con la mano que tenía libre, como si surcase el mar con la misma—. Ahora soy un náufrago a la deriva.

—Entonces no deberías haber vuelto —dijo ella, borrando por completo su sonrisa.

—Quiero hacer las paces con Bemett, ofrecerle un nuevo trato —explicó Ernest—. Si te digo la verdad... estoy aquí por ti. No he podido dejar de pensar en ti ni un solo segundo.

—No estarás hablando en serio —dijo Audrey, frenando en seco—. ¿Sabes qué te haría Bemett solo por decir lo que has dicho?

—Piénsalo, ¿de verdad aspiras a ser la criada de un ogro toda tu vida? Tienes potencial para mucho más y lo sabes. Reúnete conmigo esta noche en este local, podremos hablar más tranquilamente, puedo apostar todo el dinero que llevo encima a que te están vigilando en este preciso

momento, ¿verdad?

Audrey suspiró y bajó la mirada.

—En el coche negro de la esquina —susurró ella.

Ernest esbozó una pequeña sonrisa, complacido por su respuesta.

—Este no es tu mundo, Ruby, es mejor que te des cuenta ahora antes de que sea demasiado tarde —dijo, entregándole una tarjeta con la dirección de un bar—. Ahora debo irme, pero no lo olvides, te espero esta noche a las nueve —añadió antes de darle un beso en la mejilla y marcharse calle abajo.

□□□

El móvil volvió a sonar mientras se acomodaba en el asiento trasero del coche, Audrey se estremeció ante el contacto frío del cuero y se puso el cinturón como medida de seguridad -era una de las muchas cosas que su padre le había inculcado desde que era muy pequeña-. Una parte de ella no tenía ganas de responder a la llamada, sometiéndose así a la impaciencia de Bemett y a sus gritos encolerizados, pero sabía que, tal vez, era peor no responder a la llamada. Suspiró y se frotó las palmas intentando entrar en calor, las manos le temblaban, pero no estaba muy segura de si era a causa del frío o del miedo, Ernest le había hecho una proposición muy seria y no sabía por qué la estaba sopesando. Era evidente lo que tenía que hacer: tenía que volver junto a Bemett y contarle todo lo que Ernest le había propuesto, tal vez así suavizase su postura con ella. Pero, por otro lado, su interior le decía lo que debía hacer, y debía marcharse sin mirar atrás porque, en el fondo, sabía que el Alemán tenía razón.

Las manecillas de su reloj de pulsera avanzaban tediosamente y, por un momento, Audrey pensó que el tiempo se había detenido para ofrecerle unos minutos extra y así poder decidir a quién de los dos debía traicionar. Aquella situación no le gustaba en absoluto, ella siempre había sido una mujer pacífica que, por encima de todo, tan solo buscaba vivir una vida tranquila y sin altercados.

—¿Recuerdas cuando Bemett me partió una pierna? —dijo de pronto Brian, riendo de forma tonta e infantil—. Estuve tres meses sin poder salir de tu apartamento porque después se sintió mal por lo que había hecho...

—Sí —murmuró ella, desviando la mirada hacia la ventanilla cuando el coche se detuvo frente a la puerta del edificio—. Bemett dijo que era mi culpa, que te habías metido en nuestra discusión porque me escuchaste

llorar. Ahí aprendí que llorar tan solo empeora las cosas...

—Pero no te pegó —concluyó él mirándola a través del reflejo del espejo retrovisor. Audrey asintió curvando una ligera y tenue sonrisa—. Si te marchas ya no podré inmiscuirme... Si traicionas a Bemett y te apoyo, él también lo considerará como traición y nos matará a los dos.

—¿A qué viene eso?

—Sabes a qué viene. Ten cuidado con tus decisiones, Audrey, por favor.

Salió del coche con decisión después de despedirse de Brian, él era un hombre perspicaz y difícil de engañar pero esperaba actuar mejor delante de Bemett y que su rostro no le revelase la lucha que se estaba librando en su interior. Tomó aire y llevó la mirada a la segunda ventana del edificio, tras los cristales y las cortinas de color blanco apagado se alzaba una figura inmóvil que consiguió estremecerla. Ella alzó la mano con timidez para saludarle y, entonces, él se apartó de la ventana: estaba molesto porque no le había cogido el teléfono y lo sabía. Con resignación, bajó la mirada y se adentró en el edificio, subió las escaleras lentamente, sintiendo cómo un nudo iba enlazándose en su estómago, cómo el calor de sus mejillas iba desapareciendo y cómo sus pasos iban perdiendo la seguridad a medida que avanzaban.

Metió la llave en la ranura intentando adivinar en qué parte de la casa estaría Bemett, dónde la estaría esperando y qué sería lo primero que le diría. ¿La dejaría hablar primero a ella? ¿Dejaría que ella explicase por qué no había respondido a su llamada? Audrey suspiró; era poco probable.

Cuando abrió la puerta, Bemett estaba en la entrada, con los brazos cruzados, esperando que ella entrase y cerrase para comenzar con el interrogatorio. Ella le sostuvo la mirada un segundo, después la bajó, se concentró en sus zapatos para intentar calmarse y tragó saliva antes de volver a mirarle.

—Di con él —dijo Audrey casi con un hilo de voz—, fingí un encuentro casual, sigue pasando por la misma cafetería a la que me llevó la primera vez.

—¿Eso significa que sigue confiando en ti?

—Ciegamente —admitió ella—, o al menos eso parecía.

—¿Qué te dijo?

Audrey se humedeció los labios y respiró profundamente, la ambigüedad de sus pensamientos traicionaba la serenidad de su rostro. Todavía no había llegado a una clara conclusión cuando se sorprendió a sí misma

diciendo:

—Quiere que te deje y me vaya con él.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó Bemett, comenzando a alejarse en dirección al salón. Ella le siguió lentamente.

—Que no iba a traicionarte —aseguró ella.

Bemett la miró durante un segundo, curvó una media sonrisa y se detuvo junto a la ventana, entonces volvió a girarse con el rostro totalmente serio, como si su mente hubiese cambiado de parecer en tan solo un milisegundo. Frunció el ceño y la miró cómo si hubiese osado mentirle a la cara, cómo si todo lo que le había dicho hasta el momento desde que se conocieron fuese mentira. Avanzó un paso hacia ella y la miró con el mentón elevado, su figura firme y segura de sí misma se alzaba unos quince o veinte centímetros por encima de ella, incluso sin tacones Audrey se sentía insignificante a su lado.

—¿De verdad rechazaste su propuesta? —cuestionó él alzando las cejas.

—Jamás traicionaría tu confianza... sabes que te quiero...

—Entonces, ¿por qué no has cogido mi llamada?

—Yo... —hizo una pausa, ni ella misma conocía el significado exacto. Quizá tenía miedo de no saber qué decirle, tal vez estuviese insegura sobre lo que debía hacer en adelante o puede que en el fondo sí quisiese marcharse y estuviese barajando las opciones para hacerlo—, no escuché la llamada.

—Audrey, no me mientas —advirtió él.

—No te miento, lo juro —dijo ella con urgencia, cómo si se le estuviese agotando el tiempo. Mientras le miraba, sus manos comenzaron a temblar en el transcurso de su búsqueda pero, al fin, logró encontrar la tarjeta que Ernest le había dado—. Quiere verme aquí a las nueve...

Bemett le arrebató la tarjeta de la mano y la leyó, después la giró para poder leer el reverso y arrugó la tarjeta en la mano. Su expresión pasó de la serenidad perturbada por la duda a una ira extrema que exteriorizó dándole una patada a la mesa.

—Con que a las nueve, ¡eh?! —gritó Bemett. Audrey se encogió de hombros y asintió dando un paso hacia atrás de forma instintiva—. ¡¿Y por qué aquí pone a las diez y media?!

—Pero... él... —titubeó ella—, me dijo a las nueve.

—¿Te piensas que soy imbécil? ¡Ahora entiendo por qué te has vestido como un putón esta mañana! ¡Tú sabías que ese malnacido había vuelto a la ciudad! ¡Y sabías que te mandaría a verle! Lo tenías todo planeado...

Audrey quiso objetar, imponerse, llevarle la contraria, pero lo único que pudo hacer fue negar con la cabeza antes de que Bemett cruzase su rostro con la mano firme, dejándole un dolor latente en la mejilla derecha. Ella apretó la mandíbula, las lágrimas querían hacer su aparición, era una reacción lógica ante el dolor, pero su interior luchaba contra aquello y su exterior se negaba a mostrarlo.

Antes de que pudiese sobreponerse al dolor de su mejilla Bemett se le echó encima, cargó contra ella y volcó su ira y sus frustraciones sobre el cuerpo de Audrey. De un momento a otro todo se volvió oscuro, el dolor comenzó a abrirse paso en cada rincón de su cuerpo, cada parte nívea de su piel se teñiría de diferentes tonos morados, y cada moratón que adornaba su cuerpo ganaría intensidad. Los gritos de Bemett se perdieron en la lejanía y a su alrededor solo quedaron tinieblas; Audrey sabía que casi todas las personas que les rodeaban podían ser un potencial enemigo para Bemett, pero nunca imaginó que él la consideraría a ella como tal. Su ira era desmesurada a veces, sí, pero pensó que, detrás de toda cólera, en lo más profundo de su mente y de su corazón, Bemett sabía que ella siempre le sería fiel.

Un incipiente dolor en la nuca indicó que la había golpeado en la base del cráneo, aunque no estaba segura de si lo había hecho con la mano o con algún objeto contundente; se llevó la mano temblorosa a la cabeza, palpó su nuca y descubrió un bulto que le palpitaba dolorosamente. No sangraba, eso era buena señal después de todo. Sus piernas se deslizaron sobre el suelo frío y duro y cuando Audrey fue plenamente consciente de lo que pasaba, Bemett ya la había arrastrado hasta la habitación.

La peluca rubia le tiraba con fuerza, los ganchos que la unían a su cabeza eran resistentes y quizá fuese aquella la razón por la que Bemett había podido arrastrarla hasta allí.

La consciencia la abandonó un instante, el tiempo suficiente para que Bemett exteriorizase su furia con el cinturón en la mano como arma. Los latigazos siguieron marcando su cuerpo incluso cuando Audrey recuperó la consciencia; en aquel punto, ya le resultó imposible seguir conteniendo las lágrimas, era imposible que el sufrimiento pudiese empeorar pero, cuando pensó que todo acabaría, Bemett se desabrochó el pantalón. Audrey lo vio de reojo, pero fue suficiente; los actos de violencia y sumisión eran los que más excitaban a Bemett.

En un arrebató de ira, frustración y desesperación, Audrey alcanzó la lamparilla, que reposaba sobre la mesilla de noche, y se giró para golpearle con ella en la cara. El daño ya estaba hecho, Bemett había retrocedido, se agarraba la cara con una mano y la miraba con una furia que le revelaba que no la dejaría salir de la habitación con vida. Ya era tarde para pedir perdón, se había adentrado en un punto de no retorno donde la única solución posible era seguir avanzando. Audrey se levantó y volvió a golpear a Bemett en la cabeza con la base de la lámpara; poco a poco, el metal lacado con pintura dorada se tiñó de rojo intenso. Las gotas escurrían y goteaban en el suelo cada vez que ella se incorporaba, antes de volver a cargar contra Bemett. Entonces, él dejó de moverse y Audrey tiró la lámpara a un lado.

Su cuerpo magullado y torturado cargaría con las marcas durante algunas semanas, pero su mente guardaría cada detalle de lo que había pasado hasta que su vida se apagase para siempre.

Se acercó a Bemett para comprobar si seguía con vida, entonces, él dejó escapar una exhalación pesada que la asustó. Sopesó la idea de acabar con el trabajo, pero había algo que se lo impedía, tal vez el hecho de haberse acostumbrado a su presencia, o igual porque, muy en el fondo, todavía sentía algo por él. Muy a su pesar no podía matarle, debía salir de allí cuanto antes y alejarse todo lo que fuese posible o, de lo contrario, él no se lo pensaría dos veces a la hora de acabar con ella.

Capítulo 3

CAPÍTULO 3

Las horas habían avanzado rápidamente o, al menos, eso pensaba ella mientras miraba el reloj colgado en la parte superior de la pared que había tras la barra. Entraba cada mañana a la misma hora y volvía por las tardes a cumplir con su turno después de comer en el mismo restaurante de siempre; aun así, tenía una vida plena y feliz, le entusiasmaba lo que hacía y aquello era motivo suficiente como para ir caminando de un lado a otro mientras tarareaba una canción con un ritmo animado.

Era uno de esos pocos días en los que el sol resplandecía en Londres; los pájaros cantaban desde la copa de los árboles y el viento mecía las primeras flores que la primavera había traído. Con Hyde Park a su izquierda, Alice pensó que sería buena idea desviarse para admirar una vez más aquel parque que tantas veces había visitado y del que nunca se cansaba. Las ardillas correteaban de un lado a otro, persiguiéndose entre ellas, como si fuesen niños de colegio jugando en el recreo. Alice sonrió ante tal pensamiento y se dirigió en dirección al lago Serpentine, cuya cabaña donde guardaban las barcas permanecería cerrada unos días más hasta que comenzase oficialmente la primavera.

<<En tres días abrirán de nuevo el puesto de barcas de Hyde Park, deberíamos venir>>, escribió en su móvil, tecleando con rapidez el mensaje antes de enviarlo.

Alice y Brandon, su novio, tenían una especie de tradición: siempre subían en las barcas la primera semana que abría el puesto de alquiler ya que, casualmente, dos días después de que lo hicieran, Alice cumplía años. Aquel plan surgió un año después de que comenzasen a salir juntos, Brandon buscaba algo con lo que sorprenderla por su cumpleaños y pensó que una buena forma de comenzar la velada era en aquellas barcas. Desde entonces, montaban todos los años.

<<Este año te tengo una sorpresa aún mayor pero, descuida, no me olvido de incluir la barca en el plan>>.

El mensaje que Brandon le envió la puso nerviosa, pues siempre conseguía sorprenderla con algo nuevo, lo que había conseguido que esperase con ansia el día de su cumpleaños. El año anterior al que estaba en curso, Brandon la llevó a una noria y, cuando estaban en todo lo alto, la maquinaria se paró de golpe. Alice comenzó a hiperventilar y a ponerse muy nerviosa; sin embargo, desde allí arriba pudo ver como un elenco de bailarines, le dedicaba un flashmob al ritmo de la primera canción que

Brandon le había dedicado.

□□□

La comida se le atragantó cuando su compañera comenzó a llamarle de forma incesante, le molestaba que la gente fuese tan insistente en su tiempo libre y, aunque siempre intentaba hacer lo que fuese por complacer a los demás, deseaba que alguien se pusiese en su lugar y comprendiese que aquella media hora le pertenecía solamente a ella.

Mientras dejaba el dinero sobre el platillo donde reposaba la cuenta, Alice cogió la última llamada después de recibir un mensaje advirtiéndole de que su buzón de voz estaba lleno y que debía borrar los mensajes para recuperar el espacio. Al otro lado de la línea, Tina sonaba agitada y preocupada.

—¿Se puede saber qué pasa? Me has colapsado el contestador —dijo Alice mientras le dedicaba una sonrisa al camarero que se había llevado el dinero y regresaba con el cambio.

—¿Por qué no respondías? ¡¿Tú sabes cómo estaba?!

—Puedo imaginarlo —concluyó Alice—. Dime, ¿qué ha pasado?

—¡Tienes que venir corriendo a la cafetería!

—Mi turno no comienza hasta dentro de diez minutos, ¿no puedes esperar?

—Te puedo asegurar que no —dijo Tina, extrañamente calmada antes de colgar.

Alice dejó escapar una pequeña risa cargada de sarcasmo mientras se levantaba de la silla y salía del local. Tina llevaba dos años menos que ella trabajando en el local y Alice siempre la había visto un tanto tremendista: cuando no daba la alarma porque se habían acabado los aperitivos salados, la daba porque se había olvidado de limpiar la válvula de vapor de la máquina de café y no conseguía que los cappuccino saliesen perfectos. Todo en su vida era un drama que los demás debían resolver.

Cuando llegó a las inmediaciones de la cafetería, Alice se sorprendió al ver que en el interior no había nadie; las luces también estaban apagadas, era como si Tina hubiese colapsado por culpa de sus dramas y hubiese decidido cerrar el local hasta que ella volviese. Mientras rodeaba el local para entrar por la puerta de servicio, que estaba al girar la esquina junto a los contenedores donde tiraban la basura acumulada durante el día, Alice sacó el móvil para llamar a su compañera, pero no obtuvo respuesta

alguna.

—Joder, Tina —susurró casi para sus adentros—, si no sabes llevar la cafetería en mi ausencia, ¿cómo vas a ascender a encargada cuando me marche?

Todavía no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Brandon, pues esperaba darle la noticia el día de su cumpleaños mientras surcasen el lago, pero hacía poco más de un mes se había enterado de que estaba embarazada y, tarde o temprano, tendría que cogerse una excedencia y dejar a Tina a cargo de todo el local si su jefa no contrataba a nadie más, aunque fuese de apoyo.

Los gruesos eslabones de la cadena tintinearón cuando Alice quitó el candado para abrir la puerta que chirrió al abrirse. Las luces del pasillo que llevaban a la parte trasera del local también estaban apagadas y aquello sí le resultó más extraño que el hecho de encontrar la cafetería vacía, pues siempre había una pequeña luz de emergencia que iluminaba el pasillo, incluso cuando se fundían los plomos.

—¿Tina? —preguntó mientras avanzaba lentamente, pasando la mano por la pared.

La primera puerta a la derecha era la del despacho y, cuando Alice se aferró al pomo, un ruido resonó al otro lado confirmando que Tina estaba allí. Nadie tenía permiso para entrar en el despacho salvo la señora Burrell, quien se ocupaba de cerrar caja así como del inventario, y la propia Alice, que a veces tenía que sustituirla.

—Tina, ¿estás ahí? —preguntó una vez más, llamando a la puerta. Al no obtener respuesta, resopló exasperada y abrió.

El despacho estaba igual o más oscuro que el pasillo, desprendía una calidez inusual que a Alice le heló la sangre y, en el aire, flotaba un hedor nauseabundo que le revolvió el estómago. A tientas, paseando la mano por la pared, buscó el interruptor; las luces tintinearón antes de quedarse fijas y, cuando Alice pasó la mirada por el pequeño cuarto sin ventanas, descubrió una bolsa de basura rota en el escritorio y todo el contenido sobre el sillón.

—¿Pero qué coño has hecho, Tina? —preguntó en voz alta—. ¡Tina!
—exclamó cabreada antes de girarse; sin embargo, a quién encontró, no fue a su compañera.

—¡Buh! —dijo la silueta oscura parada bajo el umbral de la puerta, antes de atizarle en la cabeza con un objeto contundente.

□□□

El tic tac del reloj resonaba en su cabeza como si fuesen las mismísimas campanadas de un reloj de cuco, Alice se esforzó por abrir los ojos, pero uno de ellos tenía algo pegajoso encima que se lo impedía. Haciendo frente el esfuerzo que le costó llevarse la mano al ojo, se pasó la yema de los dedos por el párpado y, al restregárselo y mirarse la palma de la mano observó, horrorizada, que estaba llena de sangre.

Miró a su alrededor, estaba tirada en el suelo del despacho, sentía el hedor a basura más cerca y, al incorporarse con cuidado, vio que la había dejado al lado del montón, que ahora yacía en el suelo junto al sillón volcado de la señora Burrell.

—¿Qué está pasando? —se cuestionó al tiempo que se abría la puerta.

Un hombre entraba de espaldas, arrastrando el cuerpo de Tina y dejando un rastro de sangre a medida que avanzaba. Cuando se dio cuenta de que estaba despierta, dejó caer a Tina al suelo y se giró hacia Alice. Llevaba una gasa en uno de los lados de la cara que le daba un aspecto todavía más tétrico que el que ya tenía.

—¡Ya te has despertado! —exclamó con una sonrisa torcida.

—¿Quién eres? —preguntó Alice, llevándose la mano a la cabeza, donde una herida contundente le había desgarrado parte de la frente.

—No es relevante —respondió él, apoyándose las manos sobre las rodillas para poder quedar a su altura—. Necesito que me respondas un par de preguntas.

—¿Qué le has hecho a Tina?

—Tu amiga era muy cabezota, no quería colaborar.

—Está... ¿Está muerta?

—Tú eres quién tiene que responder, no yo —dijo el hombre, enseñándole un arma con un gesto amenazador—. Esta mañana ha venido aquí una mujer rubia, ¿verdad?

—Vienen muchas mujeres rubias... —titubeó ella.

—¡Esta no es cómo las demás! —exclamó él con ira; después se incorporó, dio una vuelta sobre sí mismo mientras respiraba profundamente y volvió a la postura inicial—. La mujer de la que te hablo viene aquí mucho, a veces es rubia, otras veces pelirroja, morena e incluso puede que se haya presentado aquí con el pelo azul, ¿no te suena? —preguntó nervioso. Al

ver que Alice no respondía, sacó el arma de su funda y apretó el cañón contra su mejilla—. Siempre toma un puto tahini de chocolate caliente.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó Alice, limpiándose las lágrimas sin saber exactamente cuándo habían comenzado a caer—. La conozco, la conozco, es... es actriz... por eso cambia de aspecto tantas veces...

El hombre rio con histeria mientras negaba con la cabeza.

—Esa zorra no es actriz, es una ladrona de manual —admitió él, quitándose la gasa de la cara de un tirón—. ¡Mira lo que me ha hecho! —gritó.

Cuando la gasa se desprendió de la herida, unos hilos de sangre coagulada se estiraron hasta que acabaron rompiéndose, provocando que Alice vomitase a un lado; la herida desprendía un hedor a carne pútrida que le revolvió las entrañas.

—Esta mañana se vio con un hombre, ¿qué sabes sobre eso?

—Yo... yo no sé nada... Vino, pidió lo de siempre, se sentó a tomárselo y se fue...

—¿Y no te dijo nada? Algo que recuerdes, ilo que sea! —gritó de nuevo, apretando con más fuerza el cañón del arma contra su mejilla.

—Mencionó algo sobre... —hizo una pausa y suspiró intentando hacer memoria; el hombre le quitó el seguro al arma para apremiarla a hablar—. ¡Joder! Por favor, no me hagas nada...

—Entonces dime lo que quiero saber.

—¡Dijo que tenía una cita! Pero no sé con quién, aquí no se vio con nadie, ilo juro!

El hombre sonrió complacido y volvió a ponerle el seguro al arma antes de guardarla en la funda que llevaba enganchada al pantalón. Alice respiró profundamente, sintiendo un alivio que tan solo le duró hasta que sintió las manos de aquel hombre alrededor de su cuello. Intentó zafarse, pero él era mucho más fuerte que ella; en su rostro mutilado se apreciaba la ira, el rencor, la frustración, un cúmulo de sentimientos que nublaban su mente y se cernían sobre la vida de Alice hasta que su existencia se vio reducida a un simple cuerpo vacío cuya siguiente parada sería un frigorífico de la morgue.

Capítulo 4

CAPÍTULO 4

No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para acabar durmiéndose en aquella postura: tenía el cuello encogido, apoyado sobre uno de sus hombros y recostado ligeramente sobre una pared dura e incómoda; estaba encogida y los brazos rodeaban sus piernas con el fin de abrigarse a sí misma. Mientras separaba la cabeza de la pared, se pasó una mano por el cuello en un intento de desentumecerlo, pero el simple hecho de estirarlo le provocó una punzada de dolor en la nuca.

Después de correr sin un rumbo previamente establecido, Audrey se detuvo a descansar y deshacerse en un paño de lágrimas histéricas. No sabía dónde ir así que, después de mucho pensar, decidió esconderse en el último lugar donde la buscarían: el River Bank. Allí había muchas salas vacías donde podía ocultarse pero, sobre todo, había seguridad que impediría que nadie sin la acreditación correspondiente pudiese entrar. Sabía que corría el riesgo de que la viesan y comenzaran a hacerle preguntas, entonces intentarían hacerla entrar en razón para que fuese a la policía y, en caso de negarse, serían ellos quienes la llamarían, atrayendo no solo a agentes titulados, sino también a los corruptos que trabajaban para Bemett.

Se frotó la cara antes de incorporarse del todo mientras buscaba a tientas la maleta con la mano, temía no tener su equipaje al lado; después de dejar inconsciente a Bemett había hecho la maleta con todo lo que creía necesario para poder empezar de cero. Al dar con la maleta, que se había volcado, la acercó para sacar su teléfono de uno de los bolsillos laterales y encenderlo.

Mientras esperaba a que la pantalla del teléfono se iluminase, mostrando unas letras en negrita con el nombre de la marca para dar paso a la pantalla donde debía introducir el PIN, Audrey escuchó una animada conversación aproximarse desde el otro lado de la puerta, asustada, se encogió y empujó la maleta hacia un rincón. Antes de esconderse y encerrarse en el aseo de mujeres, Audrey cogió uno de los carteles de «Fuera de servicio» y lo colgó del pomo de la puerta del aseo, así evitaría que la molestasen, además, también había cerrado la puerta con cerrojo por si el cartel no funcionaba; sin embargo, aquello no impidió que las mujeres que se acercaban intentasen abrir la puerta.

—¿Otra vez está averiado? —se cuestionó una de las mujeres.

—¿Te sorprende? Si Andy hiciese su trabajo... —respondió la otra mujer.

El móvil de Audrey comenzó a sonar cuando comenzaron a llegarle todos los mensajes de las llamadas que había recibido y, en un intento de ahogar la melodía del teléfono, lo apretó contra su estómago mientras le bajaba el volumen.

—¿Has oído eso? Venía de dentro...

—¿Andy? Andy, ¿estás ahí? —preguntaron de nuevo mientras forcejeaban la puerta intentando abrirla.

—Déjalo, no vale la pena... —La otra mujer disuadió a la primera para que dejase de intentar abrir la puerta, entonces, dio un golpe sobre la madera antes de añadir—: ¡Vamos a hablar con recursos humanos!

Un suspiro sordo emergió de entre sus labios cuando escuchó alejarse a aquellas mujeres, entonces desbloqueó el teléfono y miró muy por encima todas las notificaciones: tenía más de sesenta llamadas de Bemett, eso sin contar los mensajes amenazadores que le había enviado y que ella no quiso leer para no ponerse todavía más nerviosa; también tenía un mensaje del Alemán, quien la citaba en otro lugar, a una hora distinta; y un mensaje de su madre, al parecer, Bemett había echado mano a sus contactos en la policía y habían declarado a Audrey oficialmente desaparecida.

—Perfecto... —susurró con ironía—, como si no fuese suficiente lo que tengo encima ya.

Miró el teléfono móvil y apoyó la cabeza en la pared al suspirar de nuevo, ya pasaban de las siete y el banco no tardaría en cerrar sus puertas por lo que, intentando ser todo lo optimista que podía en esos momentos, pensó que sería buena hora para salir de su escondite y buscar otro más apropiado; si Bemett había estado buscándola durante todo el día, ya se habría cansado y no seguiría hasta el día siguiente.

□□□

En efecto, ya había anochecido; la oscuridad reinaba en las calles y el silencio traía consigo una calma inquietante. Las luces de las farolas iluminaban parcialmente a su alrededor pero en lugar de otorgar una vista segura del terreno, mostraba su lado más tétrico, como si de una película de suspense se tratase.

Antes de salir del aseo del banco puso en práctica una vez más su destreza con el maquillaje y cambió la peluca rubia por la pelirroja, así como su atuendo; también acentuó sus pómulos y cambió el color de sus ojos con unas lentillas de colores, toda precaución era poca cuando su

vida estaba en juego.

Tirando apresuradamente de su maleta y dando zancadas que hacían resonar sus tacones con énfasis, Audrey caminó sin mirar atrás, le iba a costar llegar al hotel donde el Alemán la había citado, pero a aquellas alturas él era la única opción disponible que tenía.

Cuando llegó a las inmediaciones del hotel en el que la había citado, Audrey observó el perímetro y dio varias vueltas a la manzana para asegurarse que no veía a Bemett ni a sus hombres, entonces, se armó de valor y entró en el hotel. El acogedor hall ofrecía todas las comodidades que uno pudiese imaginar: tenía sillones de piel en cada esquina; una pequeña terraza acomodada para fumadores; un área de descanso para los huéspedes que esperaban a que su habitación estuviese preparada y un servicio de barra instalada en esa misma sala para mitigar el aburrimiento de la espera.

Justo en uno de los laterales, al lado opuesto de la terraza, dos puertas brillantes con vidrieras de colores daban paso a un bar ambientado en los años treinta, con camareros perfectamente uniformados y repeinados, y un pequeño escenario donde una mujer con un vestido rojo muy ceñido cantaba al son de la melodía lenta de un piano.

Al mismo tiempo que la mujer sobre la tarima dejaba el micrófono a un lado y bajaba del escenario, Audrey entró en el local y observó el bar por encima hasta que vio a su objetivo sentado en una mesa con una copa entre las manos. Con diligencia, Audrey se dirigió hacia él y se sentó en una de las sillas, mirando a Ernest con el ceño fruncido.

—Lo hiciste a propósito, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó el hombre—. ¿Usted es...?

—Soy Ruby, imbécil...

—¿Ruby? ¿Qué te has hecho? ¿Eso es sangre?

—Eso no importa ahora mismo, ¿por qué lo hiciste?

—¿Qué es lo que hice? —preguntó Ernest desconcertado.

—Me dijiste a las nueve y en la tarjeta ponía a las diez y media... y, por si fuera poco, a última hora me citas en un lugar al otro lado de la ciudad, ¿por qué?

Ernest le dio un trago a su copa y se frotó el mentón.

—No he llegado hasta donde estoy por fiarme de la gente, Ruby, sabía que el miedo te haría contárselo todo a Bemett, así que no tuve más remedio que engañarte, ¿o me equivoco?

—No, le di la tarjeta —confesó Audrey.

—Brian me llamó y me contó lo que provocó mi pequeña mentira. Te pido perdón por haberte hecho pasar por eso, pero era necesario... —Audrey le miró sorprendida, pero él le hizo un gesto para que no preguntase al respecto.

—¿Por qué en este hotel? Podrías haberme citado en el de la última vez...

—No, tenía que ser aquí.

—¿Por qué? —se cuestionó Audrey. Entonces, Ernest desvió su mirada en dirección a la barra y con él, ella hizo lo mismo—. ¿Por la mujer o por el hombre del traje?

—¿Vendrás conmigo, Ruby?

Hubo un silencio incómodo, Audrey siguió mirando a la pareja de la barra durante un instante para después volver a centrar toda su atención en Ernest. No comprendía a qué venía todo ese misterio, el hecho de no responder a sus preguntas ni la forma en la que miraba hacia la barra sin articular palabra, por su mente paseaban demasiadas cosas sin sentido y otras con sentidos macabros a sus ojos, entonces, Ernest puso una mano sobre la de ella y la apretó con delicadeza.

—Necesito que vengas conmigo...

Audrey le miró a los ojos y suspiró apartando la mano poco a poco.

—Esto es demasiado incómodo... Ernest, yo no te veo de ese modo —dijo encogiéndose de hombros. Él rio a consecuencia.

—No es lo que piensas, Ruby —dijo Ernest, desviando la mirada como si se estuviese ocultando de alguien—, mis sentimientos hacia ti van mucho más allá. Te pareces a mi hija, tienes el mismo espíritu luchador, tienes coraje, eres inteligente... Puede que físicamente no os parezcáis en absoluto pero lo que importa está aquí dentro —explicó, señalándose el corazón.

—Nunca me has hablado de tu hija.

—Lo siento, pero creo que no es el momento para hablar de eso...

Ajenos a la conversación que estaban teniendo, un par de hombres habían decidido mostrar su hombría a base de puñetazos, estaba claro que se habían pasado de copas; sin embargo, la paranoia de Audrey había llegado a tal extremo que había comenzado a pensar que quizá que se desatase la pelea en aquel preciso instante no fuese casualidad. Intentó respirar profundamente para calmarse, pero parecía como si el oxígeno hubiese espesado y se negase a entrar en sus pulmones. Tenía claro que sus pensamientos no eran más que desvaríos a causa de los nervios y el cansancio, por lo que debía subir a la habitación que había reservado previamente para, una vez allí, poder descansar y pensar las cosas con claridad.

—Será mejor que te vayas de aquí —dijo Audrey con urgencia.

—No tienes de qué preocuparte, Ruby...

—¡Vete! No me fio de Bemett ni de lo que puede estar tramando.

—Ruby, tienes que tranquilizarte.

—¡No! —exclamó ella, levantándose de la silla.

—Te llamaré por la mañana —dijo Ernest—, lo prometo.

Audrey asintió y salió de allí intentando pasar desapercibida, lo último que quería, aparte de correr el riesgo de que Bemett la descubriese, era verse envuelta en una pelea que estaba claro que no iba a acabar demasiado bien.

Con la mirada puesta en su objetivo y esperando que nadie interrumpiese su intento de huida, Audrey cruzó la recepción del hotel y pulsó el botón del ascensor con urgencia hasta que las puertas se abrieron; sabía que los recepcionistas estarían mirándola, pero eso no le importaba, su único objetivo era poder llegar sana y salva a la habitación.

□□□

La habitación olía a limpiacristales mezclado con el aroma de un ambientador de vainilla, no es que fuese uno de sus olores preferidos pero era dulce y con eso le bastaba. Después de meter la tarjeta de la habitación en la ranura que activaba las luces, Audrey se paseó por la habitación, cogiendo el asa de la maleta que había dejado en la entrada antes de acudir a su cita con Ernest, cuyas ruedas resonaban al deslizarse sobre el suelo de madera.

Tenía los nervios a flor de piel, las manos le temblaban y hasta podría jurar que, si se quitaba la ropa, podría ver su propio corazón golpeando su pecho desde dentro. Trató de normalizar su respiración mientras miraba al

techo un instante, necesitaba ver las cosas con perspectiva, intentar buscar el lado positivo de la situación: al menos Bemett no estaba allí con ella y eso era un lujo del que iba a disfrutar hasta que pudiese. Sin poder evitarlo, comenzó a reír hasta que le dolió el estómago, si la hubiese visto alguien seguramente la hubiese tachado de demente pero estaba sola y, aunque la histeria y el miedo se habían apoderado de ella, debía mirar hacia adelante e intentar ver el lado positivo de las cosas.

Caminó hacia el minibar y se sirvió una copa, a pesar de que el pequeño frigorífico estaba lleno de botellines de cristal y de bolsas de patatas fritas, la mayoría eran refrescos y no había demasiado alcohol donde elegir; sin embargo, se alegró al ver que al menos tenían vodka, que era una de sus bebidas preferidas.

Puso la maleta sobre la cama para abrirla y sacar otro conjunto, era el momento adecuado para realizar otro cambio completo de aspecto. Cuando terminó de elegir el conjunto que iba a ponerse, ya se había terminado el contenido del vaso y el alcohol había inhibido su histeria y su intento de optimismo; estaba a solas con sus pensamientos y, mientras colgaba el conjunto en una percha para que no se arrugase, no pudo evitar pensar que, en algún momento, la realidad se impondría a sus intentos de huida.

En el fondo de aquella gran maleta, después de haber sacado la ropa, una bolsa de aseo y un pequeño maletín metálico, quedaban cuatro cabezas calvas y las respectivas pelucas metidas en fundas para evitar que se enredasen y se estropeasen. Audrey era una diosa en el arte del disfraz y el engaño, era la única cosa buena que había aprendido de su relación con Bemett, y cuando se ocultaba tras alguna de sus pelucas e identidades, se metía en un papel digno de una reputada actriz que ni siquiera un detective de renombre sería capaz de descubrir. Sus personajes eran una manera no solo de evadirse de una realidad en la que era una mujer maltratada, sino también una forma de garantizar su propia seguridad, aunque le gustaba pensar que todas las personas tenían una parte buena en el fondo, la vida no había hecho más que demostrarle que se equivocaba, que había personas que, por más que se buscara en su interior, no tenían más que maldad.

Después de sacar todo lo necesario de la maleta y de servirse otra copa para templar sus nervios, Audrey se metió en el baño para darse una ducha, necesitaba eliminar el rastro de sangre y cansancio de su cuerpo, necesitaba sentirse ella misma de nuevo. Sacó un pequeño recipiente donde guardó las lentillas marrones después de quitárselas, dejando al descubierto sus llamativos ojos azules; se lavó la cara para eliminar las pequeñas lágrimas que se le habían escapado al meterse los dedos en los ojos para quitarse aquellas diminutas funditas de colores, y después sacó un producto desmaquillante que llevaba en su neceser. Empapó el líquido en un disco de algodón que deslizó por sus brazos tras quitarse la

camiseta; poco a poco, una capa del mismo color de su piel fue desapareciendo hasta dejar visibles los tatuajes que llevaba y, cuando acabó, repitió el proceso en su abdomen. La imagen que el espejo le devolvía era casi la que un día fue: feliz, radiante y sonriente, si no fuese porque, como si fuesen otro tipo de tatuajes -unos temporales, pensó ella- su cuerpo estaba adornado por moratones de distintos colores en función a su antigüedad.

Le resultó un poco complicado despojarse del cansancio y de los recuerdos de una vida a la que debería volver si no conseguía trazar un plan meticuloso y elaborado para salir del país antes de que Bemett diese con ella pero, finalmente, con una gran fuerza de voluntad a la que solo recurría con la ayuda del recuerdo de sus padres, consiguió tranquilizarse y salir de la ducha como si fuese una mujer totalmente distinta y renovada. Se enfundó en un albornoz de algodón increíblemente suave, secó su cabello con el secador que había en el aseo y, como último toque en su tratamiento de renovación, se puso unas gotas de perfume de mora a ambos lados del cuello, así como en el reverso de la muñeca, antes de salir del cuarto del baño respirando profundamente.

—Me lo merezco —se dijo a sí misma, convenciéndose de sus palabras. Entonces llegó a la conclusión de que no podía olvidar quien era, que nadie podía avasallarla y decirle lo que podía hacer—. ¿Lo conseguirás o volverás a esconder la cabeza cuando él te lo diga?

Ni ella misma sabía la respuesta a aquella pregunta, pero le gustaba pensar que iba a imponerse y que las cosas iban a cambiar para mejor.

Estaba a punto de servirse una tercera copa cuando un golpe en la puerta la sobresaltó, no quería pensar que su tranquilidad había acabado, que tendría que volver a aquella pesadilla a la que llamaba vida o, peor aún, que su vida acabaría aquella misma noche a manos de Bemett, pero un nuevo golpe resonó por segunda vez y la estremeció de tal modo que tuvo que sujetarse a la pared para no caer al suelo.

Como si su cuerpo pesara el doble de golpe, avanzó con las piernas temblorosas hacia la puerta; con cada paso que daba, estaba más asustada. En cierto modo pensaba que esa no era la manera de actuar de Bemett, él no aguardaría tanto tiempo en silencio esperando a que ella abriese la puerta, todo lo contrario, se habría puesto como una furia exigiendo que saliese y diese la cara.

Con una exhalación lenta y pausada, Audrey se puso de puntillas y se asomó por la mirilla, pero lo que encontró no fue lo que ella esperaba, sino algo que la inquietó todavía más a pesar de la perturbadora tranquilidad que ofrecía el descansillo del pasillo.

□□□

No podía dejar de mirarle, se esforzaba pero le era completamente imposible.

Después de que la idea de que Bemett la hubiese encontrado comenzase a hacer mella en su cabeza, Audrey abrió la puerta decidida e intrigada, aquella imagen a la que no había podido encontrar una explicación inmediata comenzó a tomar sentido cuando, al abrir la puerta, vio a aquel hombre tirado en el suelo y con una mancha de sangre que se extendía por momentos empapando la parte trasera de su espalda. Su primer impulso fue dejarle allí tirado, lo último que necesitaba eran más problemas a su espalda; sin embargo, cuando la curiosidad la invitó a acercarse un poco más y descubrió quién era aquel hombre, no pudo abandonarlo a su suerte y le arrastró como pudo al interior de su habitación. Ella tan solo quería ayudar, pero no fue consciente de la magnitud del problema hasta que, buscando el origen de la mancha de sangre, encontró una herida que distaba mucho de ser normal. Audrey no había estudiado medicina, pero sí tenía los conocimientos necesarios para curar, suturar y sacar balas, todo por cortesía de Bemett y su obsesión por someterles a situaciones de vida o muerte.

Gracias al botiquín que siempre llevaba consigo misma, Audrey fue capaz de desinfectarle la herida de forma superficial, aunque aquello no evitaría que lo que fuese que le había pasado volviese a surgir, porque estaba bastante claro que aquella herida había sido adulterada; habían usado un objeto punzante para drogarle. No estaba orgullosa de reconocer el tipo de drogas que existían y mucho menos de llevar en su bolso un detector capaz de reconocer hasta diez sustancias distintas, pero debía admitir que, a veces, resultaba bastante útil.

Había pasado la última hora acongojada, mirando como aquel hombre dormía, preguntándose por qué un empresario tan reputado como él se encontraba en aquellas condiciones y eludiendo las llamadas de Ernest ya que, en aquel momento, no podía abandonar su habitación aunque quisiese. Sabía que quería irse pero, ¿cómo iba a ser capaz de vivir con la carga de sus actos sobre sus hombros? ¿Y si le mataban? ¿Sería capaz de vivir con eso? Estaba claro que debía asegurarse que el hombre se recuperaría y que estaría sano y salvo antes de poder irse a ninguna parte.

Tras paseos de un lado al otro de la habitación que parecían durar horas pensando en lo que debía hacer, Audrey decidió que lo mejor sería intentar distraerse para no acabar completamente loca; aquel problema era un añadido que iba a complicarle las cosas todavía más.

Intentando reunir toda la calma que pudo, cogió el maletín metálico que había dejado encima de una de las mesillas y sacó la máquina de tatuar.

Dibujar sobre su lienzo preferido, que por raro que pudiese parecer era su propia piel, le proporcionaba una calma como ninguna otra cosa. Dispuso una mesilla baja con todo el material necesario para poder tatuarse y, después, siguiendo punto por punto los procedimientos que había aprendido, comenzó a tatuarse la figura de una leona minimalista encima del tobillo. Así era cómo deseaba verse por encima de todo, quería ser una leona, poder superar todos los obstáculos que encontrara en su camino, rugir con fuerza ante las injusticias y ayudar a aquellos que lo necesitasen tal y como aquellos majestuosos animales hacían con sus cachorros.

El zumbido de la máquina de tatuar era tan estridente y agudo que impidió a Audrey darse cuenta de que el hombre, que hasta el momento había estado inconsciente sobre su cama, se había despertado. Un ruido provocó que Audrey se girase súbitamente antes de apagar la máquina; en un intento de incorporarse, aquel hombre había tirado el despertador de la mesilla.

—¿Te molesta el ruido? —preguntó, dejando la máquina sobre la mesilla. A pesar de que aquel hombre se había incorporado casi por completo, no había comenzado a abrir los ojos hasta que ella le habló.

Mientras esperaba a que la lucidez le iluminase, Audrey cogió un bote de crema para hidratarse la piel enrojecida y ligeramente hinchada sobre la que había esbozado su diseño.

—¿Quién eres y qué haces en mi habitación? —balbuceó el hombre antes de carraspear.

—Si que te diste fuerte en la cabeza... —susurró ella mientras se masajeaba las piernas para que su piel absorbiese el exceso de crema.

Durante las horas en las que había estado esperando a que aquel hombre se despertase y mientras pensaba una resolución factible al problema, Audrey había decidido cambiar una vez más su aspecto, toda precaución era poca cuando se trataba de desconocidos y aunque dejar tirada a una persona herida no formaba parte de sus planes, tampoco lo estaba exponer su verdadera apariencia a la ligera.

Cuando aquel hombre se sentó en la cama, ella no perdió detalle alguno de sus movimientos; parecía dolorido, disgustado, incómodo y desorientado, lo que le hizo recordar las veces que Bemett la había dejado tirada en cualquier bar después de obligarla a beber con él hasta desfallecer. Suspiró y cuadró sus hombros mientras su rostro escondía todo rastro de vulnerabilidad.

—Te curé la herida, no era muy ancha pero sí un poco profunda y salía la suficiente sangre como para mancharte la camisa —explicó ella mientras

guardaba de forma distraída el maletín donde tenía todo el equipo para tatuar.

Guardó el maletín en el armario y se subió las mangas del albornoz dejando al descubierto alguno de sus tatuajes, así como moratones de diversas tonalidades; sabía que aquel tipo de detalles serían fáciles de reconocer y cuando cambiase de identidad tan solo tenía que ocultarlos.

Mientras se dirigía hacia el minibar, Audrey se llevó las manos al pelo y se quitó la pinza, dejando que el cabello cenizo cayera en una cascada plateada totalmente lisa. Seguidamente, se giró parcialmente hacia él, lo justo para que pudiese ver el moratón que decoraba uno de sus pómulos y sirvió dos copas de vodka antes de llevarle uno de los vasos que había cogido.

—¿Qué hago aquí? —preguntó él mientras se ponía de pie, cerrando los ojos al tambalearse ligeramente.

Ella, con unos reflejos increíblemente rápidos, dejó los vasos sobre la mesilla más cercana y le cogió del brazo para evitar que cayese al suelo.

—Te caíste sobre mi puerta, estabas ligeramente de lado y vi que había sangre en tu ropa, así que te metí en la habitación para descubrir con tranquilidad de dónde procedía la sangre y, cuando conseguí tumbarte en la cama, te curé —explicó lentamente—. Supuse que estabas metido en un lío.

—¿Pudiste meterme tu sola? —preguntó él mientras caminaba poco a poco hacia un espejo, todavía con la ayuda de Audrey. Ante su pregunta, ella le soltó de mala manera, dejando una clara evidencia de que le había molestado la pregunta. Él se llevó las manos a las lumbares y dejó escapar un quejido que ella pasó por alto.

—¿Crees que por ser mujer he necesitado ayuda? —se indignó ella.

—Sé que peso demasiado —dijo él alzando las cejas. Ni todo el dolor que pudiese estar sufriendo le evitaba ser arrogante.

Mientras ella paseaba por la habitación intentando mentalizarse de que sus palabras eran tan solo una reacción al dolor que sentía, él se miró al espejo, se levantó la camisa manchada de sangre y se quitó el apósito que ella le había puesto. Audrey no quiso prestarle atención, estaba segura que aquel hombre estaba acostumbrado a que la gente besara por donde él pisaba y se negaba a ser una oveja más del rebaño; sin embargo, cuando vio cómo la herida había empeorado, no pudo apartar la mirada: la herida había enrojecido todavía más de lo que estaba cuando ella le había asistido; se había hinchado parcialmente y tenía una especie de bordeado blanco casi inexistente. Audrey dio un par de pasos hacia él sin

quitar la mirada de la herida, cuando el hombre se encogió por el dolor y dio un puñetazo débil sobre la pared.

—¿Necesitas ayuda o sigues pensando que pesas demasiado para mí?
—preguntó ella con retintín, cruzándose después de brazos.

Él la miró de reojo apretando los dientes, seguidamente, cerró los ojos y se separó de la pared poco a poco antes de comenzar a caminar lentamente hacia la cama. Todo apuntaba a que su orgullo le impedía que una mujer le ayudase y eso no solo puso de peor humor a Audrey sino que provocó que sonriese con mofa mientras le observaba hacer aquel inmenso esfuerzo; sin embargo, antes de que llegase a la cama, el hombre volvió a doblarse de dolor y su afán por ser una persona bondadosa le impidió seguir observando sin hacer nada por lo que, dejando a un lado el orgullo que pudiese albergar en su interior, se acercó y le ayudó a recostarse nuevamente sobre la cama para poder ponerle después un nuevo apósito que le cubriese la herida.

—¿Quién eres? —preguntó él con los dientes apretados.

—La que te ha curado dos veces a pesar de que la hayas considerado inferior.

—No te he considerado inferior, solo creo que tu condición física no es la mejor. No te lo tomes a mal pero pareces un poco enclenque —dijo él. A consecuencia de su comentario, ella le apretó un poco más el apósito, provocando que él apretase los dientes.

—¿Te crees en condiciones de hablarle así a quién tiene los medicamentos necesarios para evitar que el dolor te carcoma por dentro? —preguntó ella antes de resoplar con indignación. Comenzaba a estar harta de los hombres que, simplemente por ser más altos o corpulentos que ella, la consideraban inferior.

Él la miró fijamente, como si no creyese en sus palabras, pero ella señaló el botiquín del que había sacado los apósitos y eso pareció convencerle. No es que ella dispusiese de un amplio repertorio de medicamentos; sin embargo, los calmantes y los somníferos habían pasado a ser sus compañeros indispensables, al igual que el alcohol.

—¿Sabes qué es el tiopentato de sodio? —preguntó ella de forma distraída mientras cerraba el neceser y lo guardaba en el armario. Después, mientras observaba como él la miraba desconcertado, cogió el tarro azul de crema y se sentó para volver a hidratar el tatuaje.

—Suero de la verdad —masculló él con esfuerzo mientras se

incorporaba—. Yo sé lo que es, pero la pregunta es, ¿cómo lo sabes tú?

—Podría preguntarte lo mismo —admitió ella con una media sonrisa esbozada en el rostro antes de añadir—: Sea lo que sea lo que te han hecho, contenía restos de esa droga.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿cómo sabes eso? ¿Quién eres?
—preguntó de nuevo frunciendo el ceño con la mirada clavada en ella.

Después de hidratarse el tatuaje, cerró el bote de crema y cogió de su bolso un estuche metálico del que sacó unas pequeñas bandas de papel.

—Estas bandas detectan la droga en cuanto entra en contacto con el sudor —explicó mostrándole la banda durante unos segundos antes de volver a guardarla—, según el color que adopte la banda... —Ante la obviedad del final de aquella frase, Audrey la dejó en el aire antes de añadir—: El tiopentato de sodio tiene como base una de las drogas esenciales que se detectan en las bandas y no es la primera vez que me topo con alguien que tiene tiopentato en su organismo, así que he sabido reconocer los síntomas.

—Sí, lo he pillado —respondió él con arrogancia—. ¿Por qué demonios no me dices quién eres?

—Me llamo Sarah —dijo ella mientras se cruzaba de brazos y se recostaba en el sillón, con las piernas sobre la mesita—. No soy nadie especial, solo intentaba disfrutar de una noche de tranquilidad cuando escuché un golpe en la puerta. Al abrir, te encontré tirado en el suelo.

—No soy capaz de recordar bien lo que me pasó —admitió él—. Estaba en el bar tomando una copa con una amiga y, de repente, todo se volvió borroso. Lo siguiente que recuerdo es despertar aquí. ¿Crees que me echaron algo en la bebida? Eso no tiene sentido, no explica la herida...

—Te metiste en una pelea —esclareció ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también estaba allí, pero me fui antes de que lo hicieras tú.

El hombre se quedó pensativo durante un instante, parecía haber entrado en otra dimensión, como si lo único que quedase de él en la habitación fuese su cuerpo. Después suspiró y se pasó las manos por la cabeza.

—Creo que todo esto es cosa de Vasil Meksi —dijo de pronto.

—¿Quién?

—Es un empresario albanés que lleva meses obsesionado conmigo —explicó pausadamente—, tiene la absurda idea de que escondo algún que otro negocio turbio y quiere descubrir qué es exactamente. Si eso fuese cierto, me desbancaría de la lista de los empresarios exitosos más jóvenes de toda Europa —Tras explicarse, la miró con una tenue sonrisa en los labios y añadió—: Exacto, es lo que piensas, soy Mark Heber.

Audrey alzó una de sus cejas y se encogió de hombro. Sabía quién era, le conocía por las noticias, pero nunca se había interesado por él ni por sus negocios.

—¿Tienes negocios turbios? —preguntó ella, cambiando de tema. Después, sin darle tiempo a responder, añadió—: No me respondas, ahora mismo no puedes mentir y prefiero no saber la verdad, eso es cosa tuya.

—¿De quién huyes tú? —preguntó él.

—¿Quién ha dicho que estoy huyendo?

—Los moratones de tu cuerpo.

—Eso es parte de mi trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Yo no te he preguntado por tu vida privada —admitió ella.

—Soy un empresario famoso, yo no tengo vida privada —explicó él.

—Lo que tú digas —susurró ella levantándose para coger las copas que había dejado sobre la mesilla, entregándole después una a él—. Toma, bebe, te ayudará a sobrellevar el dolor.

—¿Cuánto tiempo he pasado dormido? —preguntó él tras darle un sorbo al vaso.

—Inconsciente —dijo ella y, ante la mirada incomprensible del hombre, añadió—: Estabas inconsciente, no dormido. Te has pasado casi una hora así.

—¿Eres médico? —preguntó él en un intento de sonsacarle información.

—Bueno, al menos no has pensado que debía ser enfermera por el hecho de ser mujer —dijo ella mientras reía, después negó con la cabeza—. No

he estudiado medicina, pero tengo mis recursos.

—Ya te he dicho que no te considero inferior —gruñó él.

—Oye, ¿vas a quedarte mucho tiempo aquí? —preguntó ella tras respirar profundamente—, tengo cosas que hacer y tu presencia aquí me estorba.

—¿También estás bajo los efectos del suero de la verdad? Pareces un poco prepotente... —sugirió él con una risa mordaz.

—A mí no me hace falta ningún suero para decir la verdad, soy muy sincera —dijo ella, cargando sus palabras con un sarcasmo más que evidente.

—Para ser sincera no respondes mis preguntas.

—Eso no significa que te haya mentado, solo elijo lo que quiero responder —admitió ella—. No te conozco, ¿por qué iba a hablarte sobre mi vida personal? Eres un hombre que está envuelto en problemas y no quiero formar parte de eso, solo te he ayudado porque odio ver sufrir a las personas y está bastante claro que muy bien no lo estabas pasando. Ahora tienes mejor color y puedes caminar aunque sea lentamente, puedes irte y cada uno retomará su vida como si nada de esto hubiese pasado.

—¿Por qué te comportas así? Normalmente estoy acostumbrado a que las mujeres pierdan la cabeza cuando me ven...

—¿Te he decepcionado? Vaya, lo siento mucho —dijo ella con un claro tono burlón—. Siento decirte que yo no soy como las demás mujeres.

—De eso ya me he dado cuenta —rio él con mordacidad, justo antes de que una punzada de dolor convirtiese su risa en un quejido.

—Considera eso como tu castigo por tener el ego tan disparado —se mofó ella antes de suspirar negando con la cabeza mientras dejaba el vaso sobre la mesilla. Finalmente se acercó para ayudarlo a tumbarse de nuevo—. Después de todo parece que no estás tan bien como yo pensaba, será mejor que descanses un poco más, al menos hasta que puedas hablar sin que el dolor te interrumpa.

Audrey le miró de reojo mientras sacaba un calmante del neceser, al parecer el hecho de no babear por él como las demás parecía haber herido su ego ya que se había quedado mirándola perplejo. Ella no se lo tomó en cuenta, aquel tipo de personas se comportaban así de manera inconsciente y era inútil intentar hacerles comprender que no eran el centro del universo, simplemente se limitó a meterle el calmante en la

boca y a darle un poco de agua para que pudiese tragarlo.

—Necesito que hagas una última cosa por mí —dijo de pronto cuando sus ojos ya se habían cerrado—. Después me iré...

Capítulo 5

CAPÍTULO 5

—Y yo pensando que iba a tener una noche tranquila... —se dijo a sí misma en un susurro mientras caminaba lentamente en dirección al descansillo donde estaba el ascensor.

—¿Estás bien, Sarah? —dijo una voz a su espalda que le obligó a girarse—. Te he visto pasar unas cuentas veces y parecías preocupada.

—Estoy bien, gracias —respondió Audrey, esbozando la más falsa y a la vez creíble de las sonrisas, mientras enrollaba un mechón de pelo en su dedo—. ¿Llevas mucho tiempo mirando el pasillo?

—No, estaba a punto de salir cuando te he escuchado farfullar, ¿por qué? —preguntó la mujer antes de fruncir el ceño.

—Curiosidad.

Bárbara Stevenson era una cotilla empedernida o, al menos, eso le había parecido a Audrey. Ambas habían llegado al hotel al mismo tiempo y mientras esperaban a que las atendiesen, Bárbara le había contado punto por punto toda su vida, al parecer Audrey le había caído bien y se había empeñado no solo en acompañarla en todo momento, sino también en conseguir la habitación más cercana a su habitación. Audrey no quería estar mirando cada dos por tres por encima de su hombro para cerciorarse de que aquella mujer no la estaba vigilando, pero tampoco podía decirle que la dejara en paz; ser educada con las personas mayores era otro de los valores que su padre le había inculcado.

Después de hacer el check in, Audrey pensó que estaría a salvo en su habitación, que tan solo tendría que tener cuidado mientras estuviese con Ernest y que, cuando su cita acabase, aquella mujer no podría molestarla; sin embargo, aquel hombre había estropeado todos sus planes: primero, enzarzándose en aquella pelea innecesaria; después, trastocando su noche al caer ante su puerta.

—No puedes echarle la culpa, sabes que no la tiene —se respondió a sí misma en un susurro mientras pulsaba el botón del ascensor, cuyas puertas se abrieron rápidamente.

—¿A quién no puedes culpar? —La voz de Bárbara la sobresaltó de nuevo, más por su estridencia que por haber pensado que había vuelto a su habitación.

—A mi jefe, ha retrasado la reunión de mañana —respondió ella rápidamente, como si lo hubiese tenido todo preparado de antemano.

—¡Eso es genial! ¿Quieres venir a mi habitación? Podemos hacer una especie de fiesta de pijamas —dijo Bárbara con efusividad, sorprendiéndola a causa de su comentario.

Audrey la miró esbozando una sonrisa plana, no tenía ni idea de que a las mujeres mayores les gustasen las fiestas de pijama o... las fiestas en general. Bárbara Stevenson no era demasiado mayor, según le había dicho, todavía le quedaban un par de años para cumplir los cincuenta; aun así, para alguien de la edad de Audrey, que estaba más cerca de los veinte que de los veinticinco, Bárbara era mayor.

—¿He dicho atrasar? Quería decir adelantar... perdona, estoy muy cansada y ya no sé ni lo que digo.

—¿Y qué haces por los pasillos en vez de estar durmiendo? —preguntó Bárbara, esbozando una sonrisa curiosa.

—Voy a...

—¿Ver a un chico? —la interrumpió Bárbara.

—¡Sí! Exacto... Coincidí con él hace un rato en el bar y se dejó olvidada la tarjeta de crédito, voy a devolvérsela... ¿Dónde vas tú? —preguntó Audrey, intentando alejar la conversación de sí misma.

—No podía dormir y me apetecía dar un paseo —explicó Bárbara—, creo que subiré al bar de la azotea a tomar una copa y después me iré a dormir.

Audrey asintió y tomó aire mientras miraba hacia todas partes excepto hacia su compañera de planta, la cual había comenzado a silbar una animada canción, exhibiendo sus llamativos labios color borgoña.

Las puertas se abrieron en el noveno piso y Audrey salió del ascensor como si allí dentro se hubiese comenzado a agotar el aire. Cuando Bárbara acabó de silbar una canción que a ella le pareció que había durado horas; la mujer comenzó a hacerle preguntas sobre el hombre al que iba a visitar, así como también le mencionó que si cuando se metiese en la habitación para devolverle la tarjeta resultaba que el tipo era un capullo y se aburría de él, podía ir a buscarla a su habitación para hablar sobre lo que quisiera.

Un trayecto que debía haber durado menos de un minuto se convirtió en

una tortura que pareció durar horas.

Bárbara, a pesar de lo que hablaba, no le había dicho por qué estaba en aquel hotel, y ella tampoco le había preguntado por temor a que la conversación se convirtiera en una auténtica tortura durante horas. A pesar de todo, Bárbara había intentado ocultar las marcas de sus razones bajo un maquillaje peor que el que ella usaba. Tal vez estaban allí por la misma razón, tal vez tuvieran en común más de lo que parecía a simple vista, o quizá Audrey fuese la única que, a pesar de todo, seguía pensando en su pesadilla como si todavía pensase en volver junto a él. Ella no lo sabía, pero tampoco quería pensarlo.

El pasillo de la novena planta estaba sumido en un silencio incómodo. La moqueta ahogaba el ruido de sus tacones y, al revés de cómo solía pasar, allí parecían ser los cuadros los que la miraban a ella. Aquel era un hotel sencillo de diez plantas; sin embargo, la diferencia entre ambas plantas era inmensa. Si su habitación era un lujo, la de aquel hombre debía ser un palacio.

—¿Por qué habré aceptado subir aquí? —se preguntó en un susurro que ahogó mordiéndose el labio inferior.

«Si no subes, no pienso irme de aquí. Puedes pensar que te he fastidiado la noche, pero todavía podría ser peor».

No le conocía, pero estaba segura de que aquel hombre era un auténtico suplicio, alguien de la alta sociedad que pensaba que por tener dinero podía hacer lo que le diese la gana con los demás.

—¿Piensa que por clavar sus profundos ojos azules en los demás, van a hacer lo que él pida? —volvió a susurrar. Después, frenó en seco y dejó escapar una suave e irónica risa.

«Y si soy tan insoportable como dices, ¿por qué sigues pensando en mí?». Sin duda, aquella frase formaba parte de su subconsciente el cual trataba de jugarle una mala pasada pero, afortunadamente, ya había llegado a la habitación que él le había dicho, por lo que podía pasar a la acción, dejar de pensar y salir de aquel embrollo lo antes posible.

Sacó la llave magnética y abrió la puerta. Tal y como ella había pensado, aquella habitación era todo un lujo, y todavía no había pasado de la entrada. Desde allí podía verse todo el salón, todos los muebles lacados y brillantes, un sofá tapizado en piel beis y una mesita de café con dos sillas a los lados que apuntaban hacia una televisión de pantalla plana de, por lo menos, cincuenta pulgadas. Audrey avanzó poco a poco, como si aquel lugar le infringiera algún tipo de respeto. Ella, que había pasado su infancia entre lujos, ahora se sentía como una niña pequeña en su primer

día en un museo.

La habitación tenía una pequeña cocina. Al verla, Audrey se cuestionó el motivo por el que aquel hombre había reservado una habitación con cocina cuando parecía más que obvio que él no había entrado nunca en una. Decidió que era una tontería seguir pensando en aquello, su mente no hacía más que divagar intentando encontrar algo negativo en aquel hombre, sin percatarse de que lo que estaba buscando lo tenía justo en frente. Ese hombre no era trigo limpio, estaba envuelto en negocios turbios que la meterían a ella en problemas si no recogía lo que él le había pedido y se deshacía de él cuanto antes.

Dio una vuelta por la cocina a medida que la escrutaba con la mirada. Observó que, sobre la barra de cuarzo negro entre los fogones y el fregadero, había un teléfono móvil exacto al que aquel hombre le había descrito.

—Supongo que se refiere a este —se dijo en un susurro antes de cogerlo, saliendo después de aquel espacio mientras lo miraba todo de forma distraída—. ¿Quién en su sano juicio se deja el móvil encima de la mesa de su habitación de hotel y se larga?

En su afán por escudriñar hasta el más mínimo detalle, Audrey se coló en la habitación, en la que flotaba un ligero olor a almizcle y a alcohol. Tras cerrar los ojos e inhalar una bocanada de aire, saltó sobre la cama, aquel colchón sin duda era mucho más cómodo que el de su habitación, y eso que el suyo no se quedaba atrás en cuanto a comodidad pero, a pesar de ser más agradable que el que ella tenía en casa, no se adaptaba a su cuerpo como lo hacía el de aquella lujosa suite.

La puerta de la habitación se abrió y la voz ronca de un hombre hizo que ella alzara la cabeza de golpe. Como si su vida dependiera de ello, se levantó y estiró la colcha con dos manotazos antes de meterse debajo de la cama. Quien fuera que había entrado allí no estaba solo.

—¡Tenías que haberte asegurado, pedazo de inútil! —dijo el hombre de la voz ronca.

—Ella dijo que lo llevaba encima...

—¡Siempre lo lleva! —exclamó una voz femenina.

—Está claro que os habéis equivocado los dos —dijo de nuevo el hombre de la voz ronca.

Los pasos pesados se dirigieron hacia la habitación en la que ella estaba, Audrey pudo ver por el pequeño espacio que quedaba entre el colchón y el suelo unos zapatos de ante color caqui parados justo en el umbral de la

puerta.

—¿Y si se le ha caído? —preguntó la voz masculina más joven mientras se ponía de rodillas en el suelo.

Audrey contuvo la respiración, su corazón comenzó a bombear con tanta fuerza que incluso podía notar cómo le palpitaban las sienes. Cerró los ojos con fuerza y pensó que podría haber evitado todo aquello si hubiese sido un poco más egoísta, si hubiera dejado a aquel pretencioso hombre tirado en el suelo del pasillo en lugar de arrastrarlo dentro de su habitación; pero no, ella tenía que poseer ese afán por ayudar a los demás.

Rezó para sus adentros todo lo que sabía, si en algún momento había necesitado la presencia de un ser superior -y a lo largo de su vida la había necesitado muchísimas veces-, aquel era un buen momento para que hiciese acto de presencia.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó el hombre de la voz ronca—. ¿Cuántas veces se te ha caído a ti el móvil debajo de la cama?

—Ninguna, pero...

—Levanta del suelo, pedazo de imbécil y busca en otro sitio —le ordenó.

El hombre joven que llevaba los zapatos de ante se puso en pie y sacudió sus pantalones con las manos antes de salir de la habitación. Audrey dejó escapar el aire de sus pulmones muy lentamente, desprendiéndose de aquellos nervios poco a poco y sin hacer ruido. Sin duda, la presencia divina había actuado a su favor.

Un teléfono móvil sonó y una melodía antigua se coló por cada recoveco de la suite. Audrey temió que fuese el móvil que ella había cogido; pero cuando la melodía, que tan solo había durado unos tres segundos, se acalló, ella se dio cuenta de que no era ese móvil el que había estado sonando.

—¿Es ese? —preguntó el hombre más joven.

—No —sentenció la mujer antes de dejar caer el móvil, que se desmontó al impactar contra la mesa—. El otro es negro y es necesaria una combinación para desbloquearlo. A este podría acceder hasta un niño de tres años.

—¿Y no puedes llamarle?

—Siempre me llama con número oculto, nadie tiene ese número de

teléfono —la mujer suspiró.

—Vámonos de aquí antes de que llamemos la atención —sentenció el hombre de voz grave—. Buscad el teléfono por todo el maldito hotel, y buscad también a Heber, que no salga de aquí.

Cuando la puerta volvió a escucharse, Audrey asomó parcialmente la cabeza para asegurarse de que estaba realmente sola antes de salir del todo de debajo de la cama. Miró el móvil que tenía entre las manos y frunció el ceño. Por alguna razón que desconocía querían aquel teléfono, por eso aquel hombre la había mandado a por él, para recuperarlo sin correr riesgos.

□□□

—¿Lo tienes? —preguntó él cuando ella todavía no había cerrado siquiera la puerta de la habitación.

—¿Lo tienes? —Audrey imitó sus palabras en un claro tono de burla.

Él alzó una de sus cejas y negó con la cabeza como si fuese un profesor a punto de amonestar a una alumna por mal comportamiento. Estaba sentado sobre la cama, con los antebrazos apoyados sobre sus rodillas y con una expresión interrogante en el rostro. Audrey entró despacio, cerró la puerta y se cruzó de brazos delante de él. Su rostro denotaba inquietud e ira; sin embargo, él no abandonó su expresión dubitativa.

—¿Y bien? —se impacientó él.

Audrey se quedó mirándole sin hablar durante unos pocos segundos más, después llevó su mano derecha al bolsillo trasero y, tras coger el móvil, se lo lanzó.

—¡¿Qué haces?! —exclamó él mientras se ponía en pie, intentando ocultar el dolor de las lumbares—. ¿Tienes idea de lo importante que es este teléfono?

—Puedo hacerme una idea, sí... —respondió y, tras ello, se dirigió hacia el minibar para coger una chocolatina y darle un bocado—. Han entrado en tu habitación y creo que eso era lo que buscaban.

—¿Quién ha entrado? —preguntó él, y ante el silencio de Audrey, que acababa de darle otro bocado a la chocolatina, se impacientó—. ¡¿Quién?!

—No lo sé. Como comprenderás, no estaba en mi habitación, así que he tenido que esconderme debajo de la cama, pero si llego a saber que era tan importante para ti, me habría presentado formalmente —respondió ella reuniendo todo el sarcasmo que pudo—. Eran dos hombres, uno tenía

la voz grave, el otro parecía más joven y llevaba zapatos de ante. También había una mujer.

—¿Una mujer? —Él se paró en seco en el trayecto hacia el minibar—. ¿Puedes describirla?

—¿Qué parte de que estaba debajo de la cama no has entendido?
—Audrey alzó una de sus cejas.

—Al menos dime cómo eran sus zapatos.

—¿Es algún tipo de fetiche? —preguntó Audrey antes de darle otro bocado a la chocolatina, el último, después tiró el envoltorio a la papelera. Él no respondió, se limitó a mirarla mientras se servía una copa—. No le vi los zapatos, solo pude vérselos al hombre joven porque se acercó a la habitación donde yo estaba, pero ella tenía una voz melódica y suave.

Tras su breve explicación, él se quedó pensativo antes de beberse todo el contenido de la copa de un trago; seguidamente, dejó el vaso con un golpe sonoro sobre el mueble del minibar y gruñó.

—No van a dejar que salgas del hotel —dijo ella mientras sacaba las piezas del otro móvil de su otro bolsillo y las dejaba sobre la cama—. También encontré esto. ¿Quién eres en realidad, Mark Heber?

Ante su pregunta, el rumbo de su mirada cambió súbitamente hasta que la mantuvo fija en Audrey.

—Pensaba que no me conocías —admitió él.

—¿Por qué pensabas eso?

—Ya te dije que las mujeres que me conocen se ponen histéricas ante mi presencia.

—Y yo te dije que no soy como las otras mujeres.

—¿Y no estás nerviosa? ¿Ni un poquito?

Audrey rio muy bajito, desviando la mirada para que él no se diese cuenta de ello.

—¿Siempre eres así de arrogante o es producto del suero?

—Siempre soy así —esclareció él, volviendo a esbozar una vez más su característica sonrisa.

—En fin, ya tienes lo que querías y yo estoy cansada —dijo ella mientras señalaba hacia la puerta de su habitación—. Creo que es hora de que te marches.

Mark la miró y se metió las manos en los bolsillos. Después, caminó lentamente y con cierta dificultad alrededor de la sala contigua a la habitación donde estaba la cama; allí tan solo había un sofá, una televisión y una cómoda con cajones vacíos, Mark lo miró todo detenidamente antes de volver a la sala principal, intentando aparentar que estaba en plena forma. Después, mirando a la nada, dejó escapar un suspiro y se quitó la americana del traje antes de tumbarse en la cama.

—Yo de ti me iría acostumbrando, porque esto va a ir para largo —le respondió él, desabrochándose después el primer botón de su camisa.

□□□

—¿Lo tienes claro? —preguntó Mark mientras, plantado frente al espejo del aseo, se terminaba de desabrochar la camisa para poder ver bien la marca que había oculta bajo una gasa, en la parte derecha de sus lumbares.

Ya era la segunda o tercera vez que se destapaba la herida para mirársela. La primera vez, Audrey le reprendió, pero al ver que sus riñas no surtían efecto, no volvió a intentarlo.

—Entiendes cómo funciona la mecánica del cuerpo, ¿verdad? —En lugar de responder a lo que Mark esperaba que respondiese, Audrey guio la conversación en una dirección muy distinta—. La sangre se coagula, se forma una costra y después la herida comienza a llenarse con tejido nuevo. ¿Tiempo estimado? Tal vez un par de meses, un poco menos si dejas de destaparla. De lo contrario, tal vez necesites puntos.

Para cuando terminó de explicar el proceso, Mark ya se había vuelto a pegar el apósito y se estaba terminando de abotonar la camisa al tiempo que salía del aseo.

—No creo haberte preguntado eso —negó él con la cabeza. Audrey se encogió de hombros con aire distraído, como si le importara bien poco lo que él le hubiese preguntado, lo que a todas luces parecía. Mark entornó los ojos y avanzó hacia ella sin titubear, pero con un ligero esfuerzo debido al mareo que todavía sentía de vez en cuando—. ¿Eres consciente de lo que está pasando?

Audrey endureció el rostro y de pronto se vio de nuevo en casa, agachando la mirada ante un hombre que no dejaba de gritarle. Cerró los ojos un momento, solo para convencerse a sí misma de que no estaba en aquella cárcel, de que había ido al hotel para estar a salvo y que allí ella

ponía las normas. Cuando los abrió de nuevo, Mark se había alejado un poco y se estaba pasando las manos por la cara.

—Escucha, siento haber alzado la voz.

—No, escúchame tú —dijo ella con calma—. No me cabe duda de que eres un hombre poderoso y con recursos, pero es tu poder el que te ha causado todos estos problemas. De haber caído en otro lugar, probablemente ahora estarías muerto; pero no, acabaste en mi habitación y, lejos de considerar entregarte a esos hombres los cuales dicho sea de paso no tienen pinta de que vayan a querer solamente hablar contigo, estoy ayudándote. Me he jugado el cuello subiendo a por tu maldito teléfono y no tenía obligación de hacerlo. Así que, si quieres que siga colaborando con algo que realmente no me incumbe lo más mínimo, a partir de ahora trabajaremos con mis reglas.

Aquella fuerza con la que señalaba a Mark con la punta del dedo, con la que le miraba y, sobre todo, con la que expulsaba sus palabras, sin duda habitaba en su interior. En su vida, y muy a su pesar, había conocido a muchas mujeres maltratadas las cuales tenían una inmensa fuerza interna pero que, por algún motivo, no eran capaces de exteriorizar esa fuerza contra su agresor. Algunas ni siquiera tenían opción de planteárselo, morían antes a causa de los golpes. Audrey temía que, al acabar la noche, ese fuera su caso. Temía que Bemett le encontrara, temía volver a estar bajo el yugo de una persona a la que se había dado cuenta de que no amaba desde hacía tiempo y, sobre todo, temía acabar muerta por no haber reaccionado a tiempo.

La puerta emitió un par de golpes sordos y ambos llevaron la mirada hacia allí. Audrey avanzó con cautela y se asomó por la mirilla de la puerta, observando por aquella lente gran angular la imagen de Bárbara Stevenson, quien se tambaleaba ligeramente.

—Solo es... —dijo al girarse, interrumpiendo su frase al ver que Mark no se encontraba por ninguna parte.

Audrey frunció el ceño y, después, tras sopesar la idea durante unos segundos, quitó la cadena que aseguraba la puerta y giró el cerrojo para poder abrirla. La imagen que ofrecía su vecina no era la mejor, se notaba que había estado bebiendo y, por el carmín corrido de sus labios, parecía que no lo había hecho sola.

Con la mirada fija en Bárbara, Audrey apoyó uno de sus brazos en el marco de la puerta mientras con el otro la sujetaba para que no se abriera mucho más allá de donde estaba su menudo cuerpo. Como si fuera un acto reflejo, miró hacia ambos lados del pasillo a pesar de que allí no había prácticamente nada más; después, volvió a llevar la mirada hasta Bárbara, que había seguido el trayecto de su mirada como si tuviese algo

interesante que presenciar.

—¿Puedo pasar? He tenido una mala noche y no quiero estar sola
—preguntó Bárbara, desprendiendo un apestoso hedor a alcohol con cada palabra que decía.

—No es un buen momento.

—Por favor... —insistió—. Vine hasta aquí intentando huir de mi casa, pensaba que no todos los hombres eran iguales, pero me equivocaba
—suspiró derrotada y, de pronto, pareció haber envejecido diez años de golpe.

Tal vez porque, como ella había sospechado, a ambas les unía más de lo que ella creía o quizá porque pensaba que podía aprender algo de ella, de una mujer madura que había decidido poner punto final y comenzar una nueva vida, pero finalmente, tras sopesar nuevamente una duda que le llevó un par de segundos resolver, acabó abriéndole la puerta para que pudiese pasar.

Entre tambaleos y expresiones quejumbrosas intercaladas entre eructos que apestaban a lo que fuera que había estado bebiendo, Audrey la condujo hasta la cama, donde Bárbara se desplomó antes de que ella le quitase las botas de tacón, preguntándose cómo había podido mantener el equilibrio con la borrachera que llevaba. Apenas había terminado de quitarle las botas y de dejarlas a un lado de la cama para que no molestaran, cuando Audrey se dio cuenta de que Bárbara ya estaba dormida.

Audrey la observó durante un instante, aquella mujer casi no tenía arrugas, estaba claro que se preocupaba mucho por su belleza y, por un momento, ella comenzó a pensar en el futuro.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6

No había cronometrado el tiempo que había pasado desde que se había quedado dormida pero, sin duda, habían sido menos de quince minutos. Bárbara despertó en mitad de una pesadilla que la perturbó y provocó que se incorporase de golpe con la respiración agitada. Audrey estaba dando vueltas de acá para allá en la sala contigua a donde estaba la cama, sin embargo, cuando el ruido del reloj cayendo al suelo la alertó, se asomó y vio a Bárbara colocando el reloj que previamente había tirado por accidente.

—¿Estás mejor? —preguntó Audrey. Mientras que sus palabras parecían preocuparse por ella y el esbozo de su sonrisa una reacción ante el asentimiento de Bárbara, sus ojos parecían denotar una preocupación ajena alejada de aquella habitación.

—¿Lo estás tú? Pareces preocupada.

—No consigo dormir y solo pensar que en menos de tres horas tendré que irme... —Audrey contuvo el aliento un instante para después soltarlo poco a poco. Al ver que las horas avanzaban sin percances decidió dejar el hotel a primera hora para reunirse con Ernest en el muelle: viajarían hasta Dinamarca en barco y, allí, ya decidirían lo que hacer—. Vine aquí para poder descansar y eso es precisamente lo que no estoy haciendo.

—¿Por qué no puedes dormir? ¿Qué es exactamente lo que te preocupa?
—Tras humedecerse los labios y carraspear, Bárbara dio un par de golpecitos sobre el colchón y apoyó los pies descalzos en el suelo—. Anda, ven y desahógate, creo que lo necesitas.

—No creo que pueda hacerlo, es demasiado personal y no te conozco. Lo siento, pero...

—Lo entiendo —Bárbara esbozó una amplia sonrisa y negó con la cabeza—, no te preocupes —Después de una pequeña pausa en la que Bárbara parecía dudar, añadió—: Sarah, ¿me harías un favor?

—¿Qué clase de favor?

—Creo que he perdido la llave de mi habitación y no logro recordar donde fue, ¿podrías bajar a recepción y pedir que te den una copia? Iría yo, pero... ahora mismo no estoy segura de poder mantenerme de pie.

—Pero a mí no van a darme una copia de tu habitación —respondió Audrey. Bárbara suspiró y se llevó las manos a las sienes para

masajearlas.

—Tienes razón. ¿Podrías entonces acompañarme a recepción?

Audrey estiró sus labios en una plana sonrisa y negó con la cabeza.

—No importa, quédate aquí. Les diré que estás en mi habitación y que no te encuentras bien, supongo que alguien subirá conmigo para ayudarme a llevarte a la tuya.

—No sé cómo darte las gracias, querida —respondió esbozando una amplia sonrisa antes de tumbarse de nuevo en la cama.

□□□

Una vez más, la recepción estaba desierta. La encargada de estar allí plantada las veinticuatro horas del día se había marchado a avisar a su superior para poder llegar a un acuerdo después de que le dijera a Audrey que no podía darle la llave de ninguna habitación que estuviese ocupada, no importaba que el huésped de aquella habitación se lo hubiese pedido de forma personal, ellos no podían demostrar la veracidad de sus palabras.

Cuando el superior apareció, un tipo bajo y escuálido con gafas de pasta gorda que se plantó delante de ella mirándola como si fuese una especie de rey intocable, Audrey intentó esbozar la mejor de sus sonrisas a pesar de que lo único que deseaba era golpearle la cabeza contra el timbre que había sobre el mueble de recepción hasta que le diese la llave, para poder acabar cuanto antes con aquel tedioso recado.

—Ya me han puesto al corriente de la situación, señorita; pero lamento decirle que no podemos darle la llave de ninguna habitación que esté ocupada por otro huésped —dijo el hombre, con una voz peculiarmente chillona y desquiciante que le recordó a la voz de Bárbara.

—Por enésima vez —Audrey resopló y se colocó un mechón del cabello cenizo tras la oreja—, no quiero llevarme la llave de ninguna habitación. Quiero que alguien me acompañe para sacar a un huésped del hotel que se ha metido en mi habitación.

—¿Quiere que llamemos a la policía? —se cuestionó el joven.

—¡Por todos los dioses, no! ¡Quiero que me ayuden a llevarla a su habitación porque está borracha! Se presentó en mi habitación porque no

encontraba la llave de la suya.

—¿Qué habitación? —preguntó el hombre una vez más como si fuera un robot con una lista de preguntas programadas.

—La 209.

—Muy bien, yo mismo iré con usted —tras ello, el joven se giró y cogió la llave de repuesto de la habitación 209.

—No, no, la habitación 209 es la mía —se apresuró a decir ella al ver el número de la llave que acababa de coger. Estaba claro que no le estaban prestando demasiada atención y aquello comenzaba a irritarla.

—Pero usted ha dicho...

—¡Olvide lo que he dicho! Coja la maldita llave de la 210.

Tras resolver el malentendido, Audrey volvió al ascensor acompañada por el supervisor que no dejaba de esbozar aquella sonrisa plana en el rostro. Aquel tipo le causaba escalofríos, no porque pareciera una amenaza sino porque parecía todo lo contrario. A lo largo de su vida, Audrey había aprendido que no siempre las malas personas lo parecían y aquel hombre tenía algo que la inquietaba, no estaba segura de lo que era, pero no le daba buena espina.

Una vez llegaron al pasillo de la segunda planta, deshicieron el camino que Audrey había hecho en la dirección contraria y, mientras ella sacaba la llave de su habitación y abría la puerta, el supervisor hacía lo mismo con la puerta de la habitación 210. Estaba claro que, a pesar de todo lo que ella había estado explicando durante tanto tiempo, el hombre no iba a ayudarla, simplemente se quedaría allí vigilando que nadie entrara en una habitación que no le correspondía.

Audrey entró en su habitación y rodeó la cama para coger las botas de Bárbara, que parecía haberse vuelto a dormir después de la breve conversación que ambas habían tenido. Una vez a su altura, se inclinó sobre ella y le susurró esperando, de ese modo, no provocarle un dolor de cabeza.

—Bárbara, es hora de que te vayas a tu habitación —susurró mientras la movía un poco.

—No tengo la llave —murmuró ella medio dormida.

—Ya solucioné eso, vinieron de recepción a ayudarnos.

No sin esfuerzo, Audrey le puso las botas y ayudó a que se pusiera en pie; Bárbara, por el contrario, ni siquiera la miró. Después, guiándola paso a paso, cruzaron la habitación y el pasillo mientras el supervisor las miraba inmóvil, haciendo que Audrey volviese a pensar en la idea de que aquel hombre podría pasar por un robot.

La habitación de Bárbara estaba muy ordenada, no había nada fuera de su lugar, incluso el mando de la televisión estaba encima de una de las mesillas en línea completamente recta entre la lamparilla de noche y el reloj despertador. Era cómodo y a la vez inquietante estar allí dentro; pero quizá se debiera a que desde que Mark trastocó su ya perturbada noche, todo le parecía inquietante.

□□□

—Están todos muertos.

La voz masculina y profunda de Mark hizo eco en sus oídos cuando ya pensaba que iba a poder disfrutar de, al menos, tres horas escasas de tranquilidad. Después de haber acompañado a Bárbara a su habitación, Audrey se tiró boca arriba en la cama, estaba tan cansada que ni siquiera se había detenido a pensar cómo, si estaba herido, Mark había podido desaparecer con tanta rapidez y agilidad cuando Bárbara apareció en la habitación.

Como si el hecho de que un hombre irrumpiera en su habitación a través del balcón fuese lo más normal del mundo, Audrey desvió la mirada hacia él sin inmutarse. Mark se había tambaleado hasta llegar al minibar antes de apoyarse en el mismo, su rostro delataba que estaba luchando para que la mano que tenía libre no le temblara mientras se servía una copa. Las gotas de sudor caían lentamente sobre la tarima y la sangre de su espalda había manado de tal forma que había conseguido teñir también la americana. A pesar de todo el caos que la rodeaba, Audrey negó con la cabeza y resopló mientras se incorporaba en la cama.

—Quítate la chaqueta —le ordenó ella sin más; comenzaba a estar cansada de todo aquello.

—¿Disculpa?

—Que te quites la chaqueta. Ahora —repitió exasperada mientras se levantaba de la cama.

Mark acabó de llenarse la copa sin prisa, el líquido hizo tambalear los cubitos que había echado en el vaso para después acariciar el borde del mismo, unas cuantas gotas cayeron cuando cogió el vaso y se lo acercó a los labios para engullir el contenido de un trago, dejando después el vaso de tal forma que Audrey pensó que lo había roto. Una mueca desagradable se esbozó en sus labios, Audrey mantuvo su rostro impasible y él le dedicó una amarga sonrisa cuando sus miradas se encontraron. Sin mostrar la más mínima muestra de interés, ella acortó distancia entre ambos y le levantó la parte trasera de la americana. La mancha carmesí era mucho más grande que la primera vez, cuando tuvo que reunir todas sus fuerzas para arrastrarle dentro de la habitación.

—No pienso volver a curarte —aseguró ella mientras negaba con la cabeza.

—¡Olvídate de eso! ¿Me has escuchado? Hay una pareja en la habitación de al lado, están muertos y con ellos hay un tipo vestido de negro que, con seguridad, no se hospedaba allí.

—¿Y tú qué sabes? Igual les gustaban los rollitos raros —Audrey se encogió de hombros y fingió indiferencia con una frialdad impropia de ella.

—Te digo que hay tres personas muertas, ¿y eso es lo único que se te ocurre decir?

—Estoy cansada, encerrada en un hotel del que puede que me peguen un tiro si salgo, con un tipo que no conozco y una pirada borracha y cotilla en la habitación de enfrente. ¿No crees que ya he superado mi límite?

—Audrey suspiró y, a pesar de lo que había dicho, sacó su botiquín personal—. Nunca pensé que diría algo como esto, pero quiero irme a casa.

—Estás conmigo en esto, te guste o no —respondió Mark mientras se quitaba la chaqueta con dificultad y se desabrochaba la camisa poco a poco.

—Entonces iré a buscar a ese tipo y le diré que estás en mi habitación. Te matarán y yo podré irme —contrapuso ella, desafiándole con la mirada.

—Si piensas que entregándome va a acabar tu problema, es que no eres muy inteligente —Mark dejó escapar una suave risa irónica—. Me llevarán con ellos y te matarán para asegurarse de que te quedas bien calladita.

—¿Y tú eres un empresario? ¡Y una mierda! ¡Tú eres un maldito traficante por lo menos! —Mientras hablaba, Audrey se dirigió hacia el armario del que sacó su maleta antes de comenzar a meter toda la ropa en ella, sin molestarse en doblarla—. Sabes lo que es el tiopentato de sodio y se

están tomando muchas molestias para cazarte. Puedo apostar a que esos tres muertos de al lado son un daño colateral y eso es culpa tuya. Y, ¿sabes qué pasa? Si eso de al lado ha pasado por estar buscándote, no tardarán en venir aquí... ¡Joder!

Tras meter la ropa en la maleta, Audrey se arrodilló en el suelo, sacó de debajo de la cama cuatro cabezas vestidas con diferentes pelucas y las guardó en la maleta sin perder tiempo antes de tantear el suelo con la mano, apartándose el cabello que le caía hacia el rostro entorpeciendo su visibilidad.

—Y no nos olvidemos de esto —comentó con aire distraído al mismo tiempo que alzaba un arma en la mano, la cual sostenía gracias a un pañuelo bien enrollado en la culata—. ¿Por qué tenías un arma?

—¿De dónde...?

—Del interior de tu americana —le interrumpió ella. Ni siquiera se sorprendió de que él no recordara el arma, la pérdida transitoria de memoria era uno de los efectos secundarios del suero de la verdad.

El silencio ocupó cada rincón de la habitación, ambos se miraron serios, con el semblante casi inexpresivo, hasta que Audrey rompió el contacto visual y bajó la mirada para cerrar la cremallera de la maleta. Al ver que estaba decidida a marcharse, Mark se aventuró un par de pasos hacia delante en su dirección, deteniéndose en seco cuando ella le apuntó con el arma, a pesar de que no tenía el dedo en el gatillo.

—No vas a dispararme —aseguró él.

—¿Vas a arriesgarte? Eres un desconocido que se ha metido en mi habitación, puedo alegar defensa propia —Audrey apretó sus labios y alzó su dedo índice, dispuesta a colocarlo sobre el gatillo.

—Yo te he metido en esto, y soy el único que puede sacarte.

—No te creo.

—Si sigues ayudándome te pagaré un billete de avión a la parte del mundo que desees —Las palabras de Mark detuvieron a Audrey; sin embargo, no volvió a colocar el dedo sobre la culata, sino que lo dejó en el aire como si sopesara la opción de declinar su oferta y apretar el gatillo.

—¿Y quién te dice que yo quiero salir de este país? —se cuestionó ella.

—Los moratones de tu cuerpo —concluyó él—, y las pelucas. Estas

huyendo como yo, podemos beneficiarnos el uno al otro.

—¿Qué pasa si yo ya tengo otros planes para salir del país?

—Nunca está de más tener un plan B.

La figura inmóvil de Audrey simulaba una estatua de cera pero, tras unos segundos, al fin bajó el arma.

□□□

Audrey llevaba casi cuarenta minutos metida en el aseo, mirándose en el espejo y preguntándose si aquella era la mejor decisión que podían haber tomado. Mark tenía razón en algo, si ella decidía entregarle, no la dejarían con vida; podía hacer preguntas, indagar, era un testigo al que eliminarían sin que les temblara el pulso, eso estaba más que claro.

Había cambiado su apariencia; a pesar de que no tenía todo lo necesario para asegurarse al cien por cien de que no iban a reconocerla, si iba a aparecer en público para llevar a cabo aquella hazaña prefería que no asociaran su imagen a la misma con la que se había presentado cuando se registró en el hotel. Podían hacer preguntas acerca de su cabello o sus ojos, incluso podían recordar que la ropa que llevaba al registrarse en el hotel era la misma que llevaba puesta en aquellos momentos; sin embargo, había una pequeña posibilidad de que los turnos de recepción ya hubiesen cambiado y nadie advirtiera que su apariencia no era exactamente la misma que al llegar allí. Su cabello ya no era grisáceo, en aquel momento, se había decantado por ponerse la peluca morena. Al mismo tiempo, para que sus ojos no resaltaran demasiado debido al color de su cabello, se puso lentillas castañas. El maquillaje claro y ligero ocultaba cada centímetro de su cuerpo, tanto los tatuajes como las marcas que había obtenido en contra de su voluntad. Aquella nueva imagen temporal le ofrecía una apariencia delicada y aterciopelada que esperaba que transmitiera la suficiente confianza como para dejarla marcharse cuanto antes.

Cuando finalmente salió del baño, no solo parecía una persona muy distinta sino también lo sentía así. Audrey estaba tan acostumbrada a ocultarse bajo tantas apariencias que cada una de ellas había desarrollado una personalidad propia, eclipsando a la principal bajo capas de maquillaje. A pesar de que su apariencia morena y delicada le gritaba que ahora debía acatar órdenes bajo una identidad y personalidad diferente, Audrey se obligó a seguir en aquel papel de mujer fuerte y segura de sí misma que adoptaba tan solo cuando se colocaba la peluca grisácea.

Mientras acababa de acicalarse y darse los últimos retoques mirándose en un espejo de mano que siempre llevaba en el bolso, se prometió que tan solo sería durante unas horas más, después volvería a ser ella, única y natural, que rompería las cadenas que la unían a su maldición diaria y que, entonces, se liberaría de una vez por todas.

Mark se quedó petrificado durante un instante, observándola de arriba abajo todavía con el móvil pegado a su oreja, parecía que sus ojos se saldrían de sus cuencas de un momento a otro y Audrey chasqueó los dedos delante de él para que volviese en sí.

—Luego te llamo —dijo de pronto casi en un susurro antes de finalizar la llamada y guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón—. ¿Otra peluca?
—Audrey asintió—. ¿Podré ver tu cabello natural en algún momento?

—Lo dudo sinceramente —aclaró ella mientras se ponía una chaqueta de cuero marrón y se la abrochaba hasta arriba del todo—. Acabemos cuanto antes con esto.

—Cuando acabe esto...

—No —Audrey le interrumpió.

—Ni siquiera sabes que iba a decir —se rio él.

—Ibas a decir que te gustaría que tomásemos un café, una copa o algo de ese estilo, ¿me equivoco?

Mark se llevó la mano al pelo y se lo echó hacia atrás de una sola pasada antes de esbozar una media sonrisa a medida que bajaba ligeramente la mirada para repasarla una vez más.

—No te confundas, puede que eso te sirva con otro tipo de mujeres, pero la vida me ha dado muchas hostias y yo ya no me fio de cualquiera —aseguró ella mirándole fijamente a los ojos antes de cruzar la habitación para coger el arma que había metido en el interior de la maleta y que estaba cerrada con candado. Su mirada era fría, parecía que aquellos ojos castaños perteneciesen a otra persona, como si, al ponerse las lentillas, no solo su cuerpo sufriera un cambio, sino también su mente. Tardó unos segundos en reaccionar; pero finalmente acabó entregándole el arma a Mark—. Yo ya no confío en un cuerpo escultural, en unos ojos profundos e hipnóticos ni en una cara de Dios nórdico esculpida por ángeles.

—¿Piensas que tengo cara de Dios nórdico? —se cuestionó él elevando una ceja y, al mismo tiempo, ampliando su sonrisa vanidosa.

—Acabemos con esto cuanto antes, por favor.

Sin más que añadir a la insustancial conversación que estaban teniendo, Audrey cogió su maleta, se dirigió a la puerta de la habitación y cruzó el umbral cerrando tras de sí. Aquel pasillo era como la entrada en un universo paralelo donde todo parecía transcurrir con normalidad hasta que su querida vecina abría la puerta y lo estropeaba todo con su sonrisa de vieja gloria embellecida. Respiró profundamente mientras miraba la puerta tras la que se hospedaba Bárbara, como si fuese un indefenso ratoncillo que intentaba no llamar la atención de los depredadores más grandes. Cuando tuvo la certeza de que la puerta frente a ella no iba a abrirse, comenzó a caminar en dirección al descansillo alzando su maleta para que las ruedas no hicieran el más mínimo ruido que pudiese alertar a aquella cotilla empedernida. El tiempo se le agotaba; pero a diferencia de cómo había comenzado la noche, en esos momentos estaba más despierta que nunca.

□□□

En la recepción del hotel, Audrey aguardaba repiqueteando con sus uñas sobre la madera del mostrador. Apretó sus labios varias veces tras ponerse carmín y, después, se humedeció los labios ligeramente antes de fingir una sonrisa digna de una reputada actriz frente a un pequeño espejo que había al lado del cajetín de las llaves de las habitaciones.

La recepcionista no estaba, allí no había nadie, su alrededor parecía sacado del atrezo de una obra de teatro después de una función, totalmente desierto y escalofriante. Por una parte, aquello le gustaba, eso indicaba que el cambio de turno se había llevado ya a cabo y que aquella petulante recepcionista no iba a cuestionar sus palabras; con un poco de suerte, allí aparecería una nueva persona que, con una radiante sonrisa, satisfaría sus deseos. Con un solo dedo golpeó varias veces el botón de la campanilla que reposaba a uno de los lados, a su parecer aquello era un poco antiguo, pero cuando vio como la cabeza menuda de una mujer morena se asomaba por una de las puertas del lateral, se dio cuenta de que las cosas antiguas seguían funcionando igual de bien.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó la mujer mientras se alisaba la chaqueta del uniforme.

—Sí, venía a devolver la llave —anunció Audrey, dejando la tarjeta magnética de su habitación sobre el mostrador antes de deslizarla en dirección a aquella mujer que parecía tener el carmín un poco difuminado y los labios hinchados. La imagen que le ofrecía hizo que Audrey tuviese

que apretar los labios para no comenzar a reír delante de ella al sospechar que era lo que había estado haciendo, no es que tuviera demasiadas ganas de reír; sin embargo, los nervios y las ansias por salir de allí podían ser sentimientos traicioneros.

—¿Ya? ¿Es consciente de que puede quedarse en la habitación hasta las doce del mediodía? —le hizo saber con una agradable sonrisa en su rostro, impropia de un trabajador que ejerce su papel servicial.

—Soy consciente, sí, pero tengo que irme a trabajar.

Tras hacerse a un lado y teclear de forma ridículamente sonora, la recepcionista volvió a ocupar su puesto con las manos entrelazadas delante de ella como si fuese un robot que está a punto de revolucionarse y volverse contra su creador. Parecía que, en aquel hotel, todos sus trabajadores habían sido fabricados con la misma máquina que les dotaba aquella imagen tan artificial e inquietante. Su sonrisa se apretó de nuevo, pero a Audrey le pareció que lucía un poco más macabra de lo normal, lo que hizo que se tensara y adoptase una actitud defensiva.

—¿Ocurre algo? No me gustaría llegar tarde al trabajo por un error administrativo —dijo Audrey, apoyando los codos sobre el mostrador de recepción. Sabía que el plan no era demasiado enrevesado y que solo dependía del cambio de guardia del hotel, y de que su imagen coincidiese con el nombre que había dado al hacer la reserva y para ello estaba preparada, pues por cada identidad que creaba, tenía cuatro carnets: cada uno con una apariencia diferente.

—No ocurre nada, solo debemos comprobar que todo esté en orden en la habitación —le informó la recepcionista—. No sería la primera vez que hemos sufrido algún hurto por parte de los huéspedes.

—¿Qué está insinuando? —preguntó Audrey frunciendo el ceño y adoptando un gesto de ofensa.

—Son órdenes de arriba, lo siento —respondió la recepcionista, descolgando después el auricular del teléfono para acercárselo al oído—. Buenos días, tengo conmigo a la huésped de la habitación 209, ¿puede alguien ir a revisar su habitación para poder hacerle el check out? Por supuesto, espero —Cuando colgó el teléfono, volvió a mirar a Audrey con una amplia y escalofriante sonrisa que la irritaba más de lo que la inquietaba—. En seguida viene alguien.

Los minutos siguientes se hicieron eternos para Audrey, quien no movió ni un ápice de su cuerpo. La mirada de la recepcionista se mantenía fija en ella y, en un intento de desafiarla, Audrey hizo lo mismo. No era la primera vez que se quedaba en un hotel; sin embargo, sí era la primera vez que debían revisar la habitación en la que se había quedado para

comprobar que no faltase nada. Sin duda, aquello era un insulto a su honestidad y sin pensarlo ni un instante, dejó constancia de su indignación, algo que no pareció importar a la mujer que tenía frente a ella.

A lo lejos podían oírse los susurros de un hombre a los que la recepcionista respondía con miradas furtivas de las que Audrey se dio cuenta; sin embargo, prefirió hacerse la tonta y comenzar a caminar de un lado a otro para que el ruido de sus tacones acallara los susurros. Le había quedado claro que el personal de aquel hotel no era tan lujoso como sus instalaciones. Trataban a los huéspedes como si fuesen tontos, o peor, como si fuesen potenciales ladrones cuando, al parecer, los principales ladrones eran ellos al fijar un precio de setenta libras la noche por aquel servicio. «Claro que el precio lo fijan por las instalaciones, creen que por tener buena presencia y buen material pueden tratar de cualquier forma a los clientes», pensó Audrey, brindándole alguna que otra mirada fugaz a aquella mujer que no había abandonado su postura.

Cuando el silencio se volvió tan incómodo que casi acabó con la paciencia de Audrey, un hombre corpulento, repeinado y con el uniforme del hotel salió del ascensor mientras se arreglaba la americana. Con una discreción que ella captó de inmediato, aquel hombre le dio un papel a la recepcionista antes de que ella le entregase la llave de la habitación 209 como respuesta tras leer la nota.

—Si es tan amable de acompañarme... —dijo el hombre, con una voz grave y profunda que logró erizar la piel de Audrey.

La combinación de palabras junto a aquella voz tan grave que parecía indicar que tenía un problema con todo el mundo consiguió que Audrey se estremeciera y los músculos de su cuello se apreciaran con mucha más claridad. El hombre le marcó el camino con la mano, invitándola a que comenzara a caminar delante de él. Después, y tan cerca que casi podía sentir su aliento en la nuca, la siguió.

Audrey escuchó lo que parecía ser una especie de risa sorda provocada por parte del guardia que iba tras ella, pero cuando se giró para cerciorarse de aquello que cruzaba por su mente, el hombre ya no estaba allí. Con el ceño fruncido, Audrey volvió a mirar al frente, sobresaltándose al ver que el guardia de seguridad le miraba con una amplia sonrisa desde el lado del ascensor. El botón parpadeaba indicando que acababa de apretarlo, pero lo único que ella era capaz de pensar era en cómo había sido capaz de llegar tan rápido hasta el ascensor sin que ella le viera. Aquella situación parecía divertir al guardia pero para Audrey no tenía gracia, su cuerpo se había tensado y su corazón había comenzado a bombear con más fuerza.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, el hombre le hizo una señal para que entrara en aquel cubículo y, tras llegar al segundo piso, hizo exactamente lo mismo para que saliese. A pesar de que la recepcionista le había dicho a Audrey que podía dejar sus pertenencias allí, ella optó por llevarse consigo la maleta y eso la hacía parecer todavía más culpable de lo que en realidad era. Las sospechas inclinaban la balanza en su contra, a pesar de que ella misma había dicho que estaba depositando en el hotel la misma confianza que ellos habían depositado en su persona.

A medida que se acercaban a la habitación, los latidos ensordecedores de Audrey retumbaban en sus propios oídos como si, paso a paso, estuviese cruzando el pasillo que la llevaba hasta su ejecución.

Una vez ante la puerta de la habitación, el guardia le señaló la cerradura y ella acercó la llave magnética que la desbloqueaba. La puerta se abrió tras un chasquido, Audrey entró en la habitación y, tras dejar la maleta en la entrada, siguió caminando para acabar dándose la vuelta a mitad de camino entre la cama y el pequeño recibidor.

Audrey miró al hombre fijamente, él le devolvió la mirada y, muy serio, cerró la puerta antes de echar el cerrojo y cruzarse de brazos. Ella retrocedió confirmando así su teoría de que iba a morir aquella misma noche a manos de aquel hombre e intentó normalizar su respiración mientras llevaba lentamente la mano a su cadera. A pesar de que ella quería que él se quedara el arma porque estaba herido, Mark había insistido en que fuese ella quien la guardara por si le hacía falta en algún momento. Aunque ella había mantenido firmemente su idea de que no quería disparar un arma, en aquel mismo instante lo consideraba prácticamente imprescindible.

—No lo intentes —dijo el guardia, abriendo una de las solapas de la americana de su uniforme y mostrándole el arma que él llevaba—, no tienes cara de haber disparado un arma en tu vida y yo soy mucho más rápido. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —respondió ella sin dejar de acariciar el arma por encima de su chaqueta de cuero.

—Sabes de quién hablo —dijo el guardia dando un paso hacia ella—. Heber, ¿dónde está?

—Si te acercas a mí, sufrirás las consecuencias. Puede que yo muera, pero tú te vendrás conmigo —advirtió ella. No sabía por qué se enfrentaba al guardia de aquel modo, pero iban a matarla de todos modos si entregaba a Mark, al menos, si no sabían dónde estaba, ganaría un poco más de tiempo para pensar en cómo escapar.

El guardia dejó escapar una suave risa irónica que consiguió estremecerla de nuevo a causa de la gravedad de su voz y, una vez más, la risa se acentuó de forma prácticamente imperceptible al sentir su incomodidad.

—Eres Sarah Jefferson, huyes de algo o de alguien aunque te niegues a reconocerlo, Heber cayó ante tu puerta y te fastidió tus propios planes de huida —comenzó a decir—. Estaba herido y le curaste unas cuantas veces, después, él te hizo subir a su habitación para coger su móvil. Ahí descubriste que hay personas que le buscan. Sin quererlo, te has visto envuelta en un lío de tres pares de narices del que no vas a poder salir fácilmente.

—Te envía Vasil, ¿verdad? —preguntó ella con la voz temblorosa, afianzando la relación entre su mano y el arma.

—No —el guardia negó con la cabeza—, trabajo para Heber. Me llamó para que os ayudase a salir de aquí.

—¿Cómo sé que es verdad?

El hombre alzó ligeramente las manos apartándolas de cualquier posible contacto con el arma que él llevaba guardada. Después, con la misma lentitud con la que había levantado las manos, volvió a abrir la solapa de su americana y desenganchó el arma de su funda. Audrey retrocedió otro paso al ver el arma de nuevo, no quería subestimar a aquel hombre que podía ser más rápido de lo que ella pudiese pensar; sin embargo, no se movió de donde estaba, simplemente le miró sin perder detalle de cómo él sacaba el arma de la funda y la dejaba lentamente en el suelo.

—¿Crees que soy estúpida? Lánzame la con el pie —dijo ella con frialdad. El hombre se irguió y, tras asentir, le dio un puntapié a la pistola y esta salió despedida en dirección a Audrey que solo tuvo que levantar la punta de su bota para detener el trayecto del arma—. Si de verdad trabajas para Heber, ¿cómo conseguiste no llamar la atención en el hotel?

—Llevo tres meses trabajando aquí —explicó el hombre—. Heber es un hombre muy perfeccionista y, cuando tiene que hacer algún tipo de negocio, siempre se asegura de que va un paso por delante de cualquiera que intente tirar por tierra sus planes. Para cuando él llegó aquí, yo ya me había ganado la confianza de los miembros del hotel.

—Bien, supongamos que te creo, ¿cómo planeas salir de aquí? —preguntó antes de comenzar a morderse el interior del labio inferior a causa de los nervios. No sabía si podía confiar realmente en las palabras de aquel hombre, o si tan solo era una táctica para pillarla desprevenida pero, por el momento, no le quedaba más opción que escucharle, después sopesaría

si podía fiarse o si tendría que hacer uso del arma.

—Eso déjame a mí —respondió él antes de comenzar a caminar por la habitación, mirándolo todo muy por encima. Audrey aprovechó cuando él le dio la espalda para recoger el arma del suelo sin dejar de apuntarle; aunque ella pensaba que había sido un acto de astucia, en el fondo sabía que él lo había hecho a propósito—. Primero tenemos que encontrar a Heber antes de que lo hagan ellos. ¿Dónde le viste por última vez?

—Estaba aquí mismo —dijo ella mientras caminaba hasta la puerta del balcón, para situarse en el lugar donde Mark estaba la última vez que habló con él—, me dijo que le esperase fuera del hotel. ¿Sabía que no me iban a dejar salir?

—Sí.

—¿Y por qué me dijo que lo intentase?

—Para usarlo como distracción.

□□□

La alarma de incendios saltó apenas diez minutos después de que Audrey entrara en la habitación con aquel hombre. Durante ese tiempo, tan solo se habían dedicado a inspeccionar de nuevo la habitación por si Mark había dejado alguna nota o pista en cualquier rincón que les revelase donde estaba. Todavía no se fiaba de aquel hombre como para confiar ciegamente en él, pero no le quedaba otra opción. Era cierto que su afán por pensar lo mejor de todas las personas con las que trataba podía actuar en su contra y nublar su razón haciendo que no se diese cuenta de las verdaderas intenciones de aquel hombre; pero también había una posibilidad de que su instinto no le estuviese fallando y que, en efecto, aquel hombre solo quisiese ayudar.

El hecho de que hubieran dado la alarma tan solo podía significar dos cosas: o habían encontrado a Mark y no querían que hubiese testigos en las habitaciones que pudiesen escuchar los gritos o disparos cuando acabaran con su vida; o sospechaban del guardia que había acompañado a Audrey hasta la habitación y querían que todos estuviesen en la planta baja para comprobar si él también bajaba. Fueran cuales fueran las razones que les habían impulsado a dar la alarma, ninguna conseguía tranquilizarla.

El walkie talkie del guardia emitió unos pitidos antes de que las interferencias dieran paso a una voz poco clara, pero aquel hombre llevaba el tiempo suficiente utilizando aquellos aparatos como para distinguir que la voz pertenecía al encargado de personal y que le había preguntado sobre la forma en la que todo estaba marchando.

—Tenemos dos opciones —dijo Audrey. De repente, su forma de actuar cambió y pasó de mostrarse con miedo a actuar como si llevase toda su vida haciendo aquel tipo de cosas, como si todas las identidades que había usado hasta la fecha se uniesen sin importar la apariencia que estuviese usando.

—¿Qué opciones? —preguntó el hombre elevando una de sus cejas con notoria curiosidad.

—Podemos bajar e interrumpir lo que estamos haciendo, o puedes decirles que has encontrado algo raro en la habitación y que me tienes retenida aquí —respondió ella, cruzándose de brazos.

—Ya lo había pensado, pero si hago eso subirán aquí.

—Entonces invéntate algo para que no suban, ¿no eres la fuente fiable del jefe? Supongo que no lo serás por nada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Sarah Jefferson.

—Mientes bien —dijo el hombre—, pero para gente de a pie. Te hará falta más práctica para convencer a alguien como yo.

—¿Te enseñó mi carnet de identidad?

—Yo también tengo uno —dijo, sacándolo de su cartera y mostrándoselo—, pero eso no significa que me llame Arthur Collins como pone ahí.

—¿Y cómo te llamas?

—Yo he preguntado primero —Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Después, el hombre le señaló el cabello—. Aunque es de una calidad inmejorable, eso que llevas puesto es una peluca —Después señaló su cuello y añadió—. Ahí te has dejado un trozo sin maquillar y se puede ver claramente parte de un moratón, sé cómo son, los sufro a menudo. Soy muy observador por si no lo has notado, así que si quieres que salgamos de aquí con vida deberás hacer dos cosas: confiar en mí y ser sincera al cien por cien. Sean cuales sean tus secretos, estarán a salvo

conmigo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella de nuevo.

—Aleksander —respondió él.

—¿Apellido?

—¿Quieres también un molde de mi dentadura? —preguntó él con claro tono de burla.

El walkie volvió a emitir las interferencias propias del aparato antes de que la voz medio distorsionada del encargado de planta volviese a repetir su petición con impaciencia. Audrey miró a Aleksander y apretó sus labios, él imitó su movimiento y asintió, ambos sabían que no tenían tiempo para tonterías.

—Aleksander Johann Pauls —dijo él finalmente.

—¿Trabajas en la empresa de Heber? —preguntó ella y Aleksander asintió. Después añadió—: ¿Tienes más identidades falsas?

—Igual que tú.

—¿De qué huyes?

—No huyo, solo tomo precauciones para que mi trabajo no afecte a mi vida personal.

—¿Cómo se llama él?

—¿Quién? —cuestionó Aleksander.

—Heber.

—Él se llama Mark Heber.

—¿Por qué no oculta su nombre?

—¿Le has visto alguna vez en la prensa o en las noticias? —Audrey asintió—. Pues precisamente por eso, él es conocido, quiere ser conocido, yo no. Yo actúo en las sombras —Tras un suspiro en el que las interferencias volvieron a resonar en la habitación con impaciencia, Aleksander añadió—: Es tu turno.

—Mi nombre es Audrey.

—¿Y qué haces aquí, Audrey?

—Le pegué una paliza a mi novio...

—¿Huyes de la policía?

—No, de él —confesó—. Yo solo quería defenderme, estaba harta de los golpes... Si me encuentra, me matará...

—Bien, ahora que hemos sido sinceros el uno con el otro, esto es lo que vamos a hacer...

□□□

Inmediatamente después de explicar rápidamente el plan que tenía en mente, Aleksander atendió la llamada del walkie e indicó a su superior que aquella mujer le había golpeado por la espalda y se había dado a la fuga. Se estaban arriesgando demasiado al decir aquello; pero así comenzarían a buscarla por otra planta en lugar de comenzar por aquella misma habitación y explicaría el por qué había respondido al walkie con tanto retraso. El jefe de planta insistió en proporcionarle refuerzos, pero él les aseguró que no le hacía falta la ayuda de nadie, que quería encontrar a aquella mujer a la que no volvería a darle la opción de actuar en su contra y, cómo él había procurado que fuese en el tiempo que llevaba trabajando allí, le creyeron.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Aleksander tras cortar la comunicación.

—¿Y si le llamas? —preguntó Audrey—. Tal vez escuchemos su tono de llamada.

—Eso es imposible —él negó con la cabeza—. La última vez que me llamó lo hizo desde un número oculto, cuando hace eso es porque le es imposible usar el suyo personal y, como comprenderás, no tengo ese número de teléfono.

—¿Te llamó?

Aleksander asintió, le contó que le había llamado antes de que ella bajase a recepción y le explicó lo que Mark le había pedido: debía dirigirse al vestíbulo y vigilar, pero cuando se disponía a cumplir sus órdenes, descubrió a dos empleados del hotel hablando sobre ella de camino a recepción, sobre cómo pretendían sacarla de allí sin levantar sospechas

delante de los posibles huéspedes que pudiesen encontrar por el camino. Aquella era la razón por la que Aleksander había actuado en lugar de quedarse vigilando.

Mientras Aleksander explicaba todo aquello de forma pausada, la mente de Audrey comenzó a viajar en otra dirección mientras sus ojos escrutaban la habitación una vez más. Entonces, mientras se servía una copa para templar los nervios, fijó la mirada en la puerta de la terraza y vio como en el borde había unas tenues marcas enrojecidas en las que ninguno había reparado.

—Sangre... —susurró ella.

—¿Disculpa?

—Creo que sé dónde ha podido ir... —dijo mientras se dirigía hacia la terraza—. «Están todos muertos», eso me dijo...

Abrió la puerta del balcón y el aire frío le caló los huesos. Audrey se encogió de hombros y salió al exterior, donde las estrellas brillaban con intensidad en el firmamento ajenas a todo lo que estaba pasando allí. La ciudad seguía viviendo a su ritmo, a aquellas horas ya circulaba algún que otro vehículo con urgencia.

—Cruzó a la habitación de al lado por aquí y después regresó —explicó de cara al muro que separaba las habitaciones—. Antes de irme le dije que no saliera de la habitación porque en la de enfrente hay una mujer cotilla que creo que me vigila o algo por el estilo, pero él no está aquí, así que podría haber vuelto a pasar por el muro para marcharse. No le conozco, pero tiene pinta de ser un hombre demasiado terco y desde la puerta de esa habitación, Bárbara no podría verle salir... —Audrey hizo una pequeña pausa en la que estuvo observando con detenimiento el muro, hasta que vio una minúscula gota en el suelo. Aleksander se acercó para observar lo mismo que ella estaba mirando.

—Sangraba, ¿por qué?

—Decía que le habían herido con algo que contenía tiopentato...

—Tiopentato de sodio —Aleksander acabó la frase mientras asentía.

—Sí. La primera vez que le curé, el corte no parecía demasiado grave, aunque sí era profundo, pero después fue adquiriendo otro aspecto, fue empeorando...

—Alteraron la sustancia... ¿Por qué no me lo dijo?

—Quizá quería acabar primero sus asuntos.

—No, estoy seguro de que no lo hizo por él —explicó Aleksander—. Creo que sabía que si me lo decía le sacaría de aquí, quizá para entonces tú ya estuvieras en peligro... No quería contármelo porque no quería irse de aquí sin asegurarse primero de que estabas a salvo.

—Eso es ridículo.

—Él no es tan malo como crees.

Tras decir aquello y mirar a Audrey con franqueza, Aleksander unió sus manos y las colocó a tres palmos del suelo para que ella pudiera impulsarse por encima del muro. Cuando lo hizo, él dio un salto para trepar y, una vez estuvieron ambos en la parte superior del muro, Audrey le cogió del brazo y le miró a los ojos fijamente. Su mirada, a pesar de las lentillas que llevaba puestas, denotaba preocupación y franqueza.

—No le digas como me llamo, por favor.

Aleksander no entendió aquella petición; sin embargo, se había comprometido a ceder en todo lo que ella le dijese si prometía ser sincera, por lo que no le quedó más remedio que asentir antes de cruzar al otro lado del muro para después ayudarla a ella.

La pared al otro lado del muro tenía una ligera mancha marrón. Aleksander se apoyó al lado y asintió mirando a Audrey. Mark era más alto que él, por lo que si calculaba la altura a la que se encontraba la mancha y estimaba una aproximación de lo que Mark medía, aquello podría ser sangre de la herida que Audrey aseguraba que tenía.

Llevando el dedo índice a sus labios, Aleksander le indicó que se mantuviese en silencio mientras él inspeccionaba la habitación y, tras un asentimiento por su parte, se dispuso a abrir la puerta de la terraza que, para su sorpresa, ya estaba abierta.

Audrey le había advertido sobre el estado de la habitación para que no se llevase una sorpresa al entrar y, aunque ella no lo había visto con sus propios ojos y no sabía cómo iba a reaccionar al verlo, pensó que sería mejor avisarle para que a él no le afectase demasiado; no sabía si tendría que usarle para salir de allí en sus brazos al ver todo aquel estropicio.

Las cortinas se movieron a causa de la brisa, desprendiendo olor a nuevo en lugar del olor a sangre que esperaban encontrar; Aleksander cogió uno de los extremos y apartó la cortina con cuidado. El interior de la habitación estaba a oscuras, sin embargo, el hedor que flotaba allí no se podía percibir a menos que se estuviese cerca de la fuente que desprendía dicho olor. No parecía que allí se hubiesen cometido tres asesinatos tal y

como Mark había asegurado.

Los rayos de la luna, potenciados por el tenue reflejo de las farolas, reveló la figura de un hombre sentado en el suelo. No se movía, no hablaba; sin embargo, a pesar de lo poco que le conocía, Audrey supo de quién se trataba. Sin estar segura de por qué, Audrey apartó a Aleksander y se adelantó rápidamente para brindarle a Mark la ayuda necesaria; poco después, Aleksander se acercó por detrás, sujetando con firmeza el arma que ella le había devuelto previamente.

—Hay que sacarle de aquí cuanto antes —dijo Aleksander después de haber inspeccionado la habitación.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Déjame a mí.